



AGUIRRE

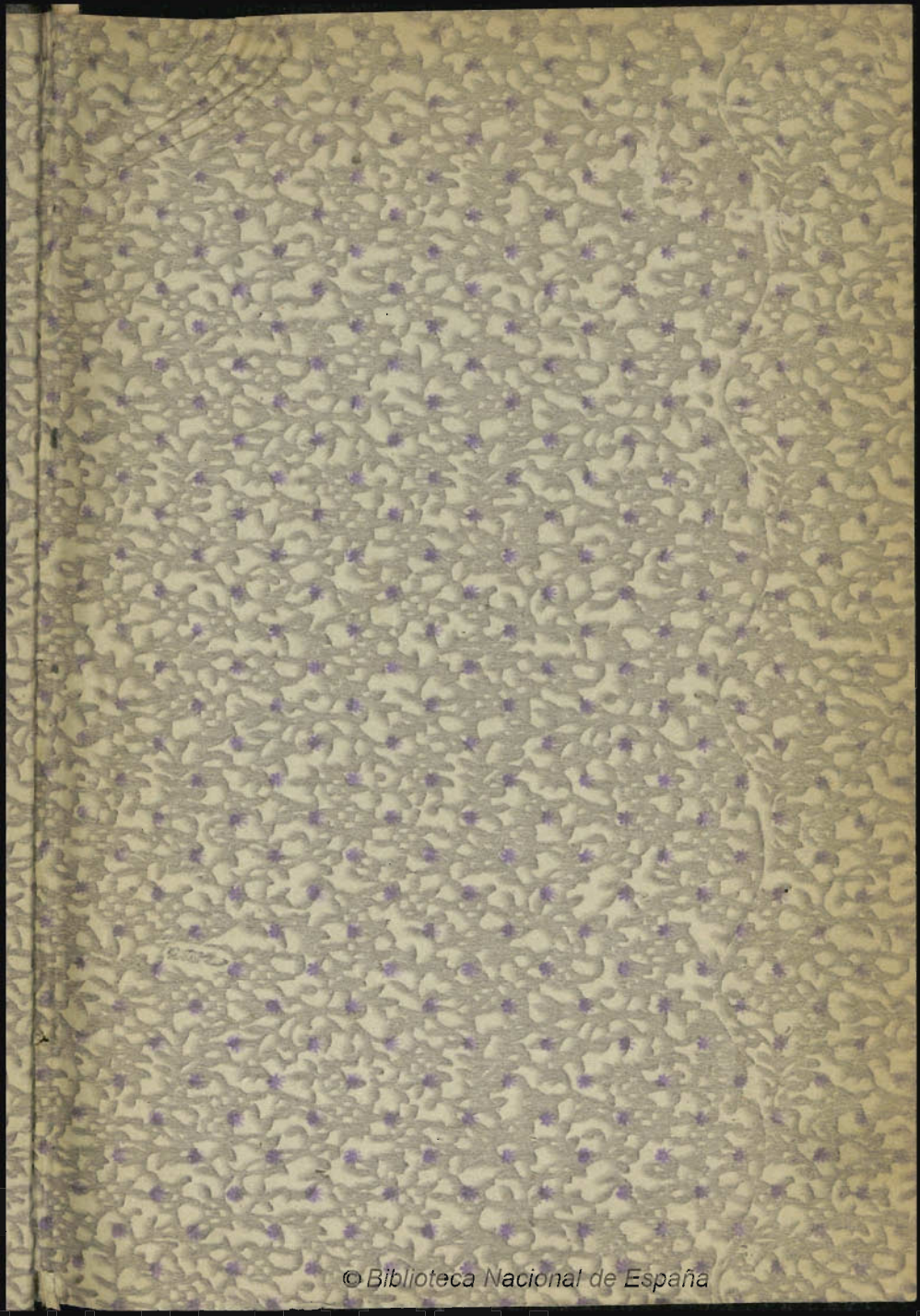
DE
SAGUNTO
A
CARTAGO



75807

Biblioteca Nacional de España

7
75807



76

DE
SAGUNTO A CARTAGO

IMPRESIONES DE UN VIAJE
A LA CORTE DE TUNEZ;

Por
D. J. AGUIRRE NATIOL.

VALENCIA:
Imprenta de Jose Domenech,
1866.

95

6 = 20 58 p. 2 =

DE SAGUNTO Á CARTAGO.

DE SAGUNTO A CARTAGO

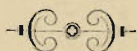
6 R 54331

IMPRESIONES DE UN VIAJE

Á LA CORTE DE TÚNEZ;

POR

D. José Aguirre Matal.



VALENCIA: 1866.

Imprenta de José Domenech,
Avellanas, 11 y 13.

ÍNDICE.

		Pág.
	Al lector.	3
I.	España primitiva.—Fundacion y sitio de Sagunto.	5
II.	Reedificacion de Sagunto.—Ruinas del teatro y el circo.	10
III.	Un capítulo que no tiene nada que ver con este opúsculo.	14
IV.	En donde comienzan mis impresiones.	22
V.	Tres dias en el Mediterráneo.	26
VI.	El recalco.—La costa de Africa.—El fondeadero.	33
VII.	La Goleta.—El Bahira.—Túnez.	39
VIII.	Los cañones.—El arsenal.—La Byrsa.—San Luis.	47
IX.	Presentacion.—S. A. el Bey Sidi-Mohamed-Essadac.—La estrella del Norte.	52
X.	El cuartel de artillería.—El Bardo.—Comida en casa el Sr. Navarro.	58
XI.	Té en casa Benani.—Soirée árabe.	63
XII.	Los consulados estrangeros en la Tunecia.	68
XIII.	La Regencia tunecina.—Noticias generales.	73
XIV.	Monumentos en la Tunecia.	80
XV.	Cartago y Roma.—Régulo.	85
XVI.	Segunda guerra púnica.—Anibal.—Escipion.	94
XVII.	Tercero, guerra púnica.—Destruccion de Cartago.	101
XVIII.	Cartago romana y cristiana.—Invasion de los vándalos.—Destruccion de Cartago por los árabes.	111
XIX.	Topografía de Cartago.	118
XX.	Ruinas de Cartago.	125
	Epílogo.	131



AL LECTOR.

EN medio del Mediterráneo, contemplando desde el puente del vapor LINIERS las delicias de una tranquila noche de estío, la inmensidad del mar, en el que deramaba la luna millones de brillantísimas chispas, concebí el pensamiento de escribir las impresiones de mi viage.

Esta idea, participada á mis queridos amigos y compañeros de espedicion, fue aprobada unánimemente, y el Sr. Sanchiz me indicó que podia titular mi opúsculo **De Sagunto á Cartago**, en razon á la proximidad respectiva de Valencia y Túnez (puntos extremos de nuestro rumbo) á los restos de aquellas famosas ciudades.

Acogí con gusto esta insinuación, que me pareció muy oportuna, y desde entonces empecé mi diario: formando propósito de incluir en mis apuntes una ligera descripción de las ruinas de Sagunto, á fin de justificar el título indicado.

Si las páginas que vas á leer, parto de mi estéril imaginación, logran complacerte, lector amigo, se habrán colmado mis deseos.

José Aguirre y Mاتيول.

I.

España primitiva.—Fundacion y sitio de Sagunto.

Habian terminado las continuas guerras, que sostenidas entre los vascos, asturos, cántabros, galos y lusitanos, pueblos entonces prepotentes, tenian á España en un estado de perene anarquía, nada propio para el desarrollo de sus riquezas materiales.

Gozaba nuestra patria de la felicidad que proporciona una libre independenciam. Los mercaderes fenicios, atravesando el Mediterráneo, se habian estendido por las costas de la Bética, y fundando á Cádiz, Málaga y Córdoba, habian sembrado en nuestro suelo la rica semilla de una civilizacion regeneradora.

La poderosa Grecia, no cabiendo en sus límites,

rebosaba por varios puntos, y erigiendo colonias en Sicilia y Calabria, llegó en su invasión hasta la Celtiveria, en la que en el siglo IX fundaron á Rosas los rodios.

Tres siglos mas tarde, los foceos y los zazintos se esparcieron por el sur de la Francia y despues de dar origen á Marsella, pasaron el golfo de Leon, y desembarcando en el cabo de Creus fundaron junto á él á Emporion, que se trasformó mas tarde en Castellon de Ampurias.

Los celtíveros, que no habian recibido muy bien á los rodios, resistieron tenazmente la invasión de los nuevos helenios, y despues de una ensangrentada lucha, convinieron en cederles una parte de sus dominios; tratado que subsistió hasta la dominacion romana.

Tranquilos ya los griegos, y teniendo un punto de apoyo, navegaron por las costas de Cataluña y Valencia, y en mi concepto entonces entre otras ciudades edificaron á Sagunto, nombre que se deriva de Zazinto, isla situada al ocase de Peloponeso, y á cuyos moradores es atribuida su fundacion, por Tito-Livio y Estrabon, Voco y Apiano Alejandrino.

La civilizacion fenicia habia germinado por doquiera; y su religion, sus artes, sus costumbres y su lengua, convirtieron á aquella época en una era de paz y riqueza, que brindaba á los españoles una vida tránquila y lucrativa cuanto laboriosa.

Pero como la dicha no suele ser duradera, la ve-

nida de un nuevo pueblo trastornó el curso pacífico de los acontecimientos; convirtiendo en opresoras y violentas las leyes y costumbres patriarcales de nuestro país.

Enemistados los turdetanos, que ocupaban gran parte de la Andalucía, con los fenicios moradores de Cádiz, apelaron á las armas, y la victoria hubiera sido de aquellos, á no pedir los gaditanos el auxilio de Cartago, soberbia colonia tiria en la costa de Africa, que con las miras mas ambiciosas habia estendido sus conquistas hasta las Baleares, de cuyas islas sacaba para sus egércitos los mejores honderos.

Una numerosa flota cartaginesa llegó por primera vez á la Península 516 años antes de J. C.; y fingiendo defender á los que la habian invocado, se apoderó de muchos pueblos de la costa, de donde fueron rechazados y espulsados mas tarde por los turdetanos y túrdulos al mando de Baucio Caropo.

Sin embargo, los cartagineses se habian apercibido de la fertilidad y riqueza de la España y proyectaron su conquista. Este proyecto fue sostenido con asiduidad; y el año 248, poseedores ya de algunas factorias en el mediodia, envió el Senado cartaginés á Amilcar Barca para que reconquistase á Mallorca, de donde habian sido arrojados por los naturales del país. Este general llevó á cabo tan cumplidamente su encargo, que restableció las buenas relaciones entre ambos pueblos, y casó con una española ilustre de la que tuvo un hijo, que fue el célebre Anibal.

Asdrubal sucedió á Amilcar en el mando de los egércitos de España , y murió asesinado en Cartagena, ciudad que fundó y que llegó á ser el mas firme apoyo de la dominacion púnica.

La ambiciosa Cartago habia llevado sus armas á la Sicilia , mas como Roma la defendió de modo tal que los púnicos hubieron de renunciar á sus planes , hé aquí la causa del ódio que contra la ciudad eterna fulminaron.

Despues de la muerte de Asdrubal, los soldados confirieron á Anibal el título de general , y este nombramiento hecho por unánime aclamacion , no tardó en ser sancionado por el gran Consejo Cartaginés.

Anibal habia jurado aversion eterna á los romanos; y al verse elevado á una categoría prematura á su edad, no superior á su astucia y belicoso carácter , concibió la idea de renovar la guerra contra Roma. Empezó por ensayar sus fuerzas, asegurando la fidelidad en sus dominios , y venció á los oleadas , váceos y carpetanos, que le habian negado su sumision.

Satisfecho Anibal de sí mismo, y dueño de la mayoría de votos en la asamblea de Cartago , puso sitio á Sagunto que habia contraido alianza con la república romana, por medio de un tratado concluido con Asdrubal.

El sitio que ocupaba Sagunto es el mismo en donde se sienta hoy Murviedro, y si los antiguos historiadores la suponen á mil pasos del mar , y hoy aparece mas distante , debe atribuirse la diferencia , á haberse retirado

aquel, y á que siendo la ciudad antigua mas populosa se estendia mas hácia el Oriente.

La vega de Sagunto era feracísima como aun se puede apreciar actualmente, y sus producciones muy estimadas de los estranjeros, con los que tenia gran trato por mar y tierra.

Era una plaza fuerte por su situacion topográfica y por sus fortificaciones.

Acosada Sagunto por Anibal, invocó el socorro de sus amigos, y los romanos quebrantando sus tratados y faltando á sus promesas desoyeron su ruego, y «*dum Romae consulitur, Saguntum expugnatur*» como entonces se dijo.

Ocho meses duró el sitio de Sagunto, segun Tito-Livio, y este episodio ocupa una de las páginas mas sangrientas de la historia antigua.

Sitiados por hambre los saguntinos, no dejaron á su conquistador mas gloria que la que envuelta en humo se escapaba de las llamas en donde encontraban sus cuerpos el descanso eterno: y que formando densas espirales se elevaba al cielo, como para ofrecer al Dios de las victorias el heroismo de tanta víctima sacrificada.

¡Triste resultado de soberbias rivalidades!

Anibal plantó el pabellon, manchado con su propia sangre, sobre un monton de escombros y cadáveres palpitantes.

Esta catástrofe, cuyo recuerdo durará tanto como el mundo, tuvo lugar 219 años antes de J. C.

II.

Reedificacion de Sagunto.—Ruinas del teatro y del circo.

Si bien no era necesario al objeto de este bosquejo relatar el estado de España en la época de la fundacion y destruccion de Sagunto, no me parece inútil recordarlo á fin de despertar recuerdos que para nuestra honra y gloria nacional, nunca deben borrarse de nuestra imaginacion.

No me parece bien, lector querido, describirte lo que queda de Sagunto, sin haber procurado antes llamar tu atencion benévola hácia el esplendor de aquella célebre ciudad, y el importante papel que desempeñó en la edad antigua.

Hecha esta digresion volvamos al hilo de nuestro relato.

Sagunto, reedificada, volvió á recobrar su prosperidad primitiva, y llegó á ser, en atencion á su memorable heroismo una de las predilectas provincias de Roma; que la colmó de beneficios, concediendo á sus moradores entre otras distinciones el fuero ó cualidad de ciudadanos romanos. Por esta razon se atribuye á aquel tiempo la construccion del teatro y el circo, cuyas ruinas todavía se conservan y de las que voy á ocuparme ligeramente.

Situado el teatro al E. del monte que sirve de escabel al antiguo castillo de Murviedro, ocupaba uno de los parages mas deliciosos y amenos por su posicion y condiciones saludables.

El dean de Játiva D. José Ortiz, en un luminoso opúsculo acompañado de tres planos topográficos, describió el monumento que nos ocupa, con mayor acierto, á nuestro corto entender, que lo hicieron Martí, Theophilacto y Palos.

El órden arquitectónico á que perteneció es desconocido y de difícil averiguacion, pues ni en aquel derruido edificio ni en ninguno de los antiguos historiadores, encontramos luz de verdad tan intensa que disipe las tinieblas del olvido, que largo tiempo lo han envuelto.

Los materiales de que está formada la obra son pequeñas sillares, unidas entre sí por un cemento tan duro que puede rivalizarles en consistencia.

Su frontispicio mide cuatrocientos sesenta y cuatro palmos de estension, teniendo la *orchestra* setenta y cuatro, y ciento noventa y cinco á cada lado entre la dicha y la pared que cierra el edificio.

La *orchestra* era el sitio comprendido entre las graderías y el *proscenio*, y en ella se verificaban los bailes y danzas, que en griego se llamaban *orchesis*.

La *escena* estaba sostenida por diez y seis sub-construcciones que dejaban vacios quince intervalos sin ningun objeto.

Diago y Martí les llaman *pozos*, dándoles un destino particular, y el Dr. Palos coloca en ellos los tornavoces, que segun Vitruvio debian estar en las graderías.

Componíase la escena del *proscenio* ó *púlpito*, que era la parte adyacente á la *orchestra*, y en donde tenian lugar las representaciones.

Las *valvas régias* ú *hospitalias* se elevaban á ambos lados del *proscenio*, y representaban dos palacios laterales con sus puertas correspondientes para cerrarlas ó abrirlas cuando la accion del drama lo exigia.

Se llamaba *postcenio* la parte posterior de la escena.

El *patio* lo componian treinta y tres gradas, incluyendo en ellas dos *prescinsiones* que las dividen y que son dos gradas de dobles dimensiones.

Las tres primeras gradas estaban destinadas para los senadores y magistrados, y tenian adyacente un pórtico en el cual se refugiaban en tiempo de lluvias. Seguian despues treinta gradas, que ocupaban los caballeros ancianos y jóvenes, y la plebe, colocándose por órden de su categoría, separados por las dos gradas prescriptivas.

Cada una de las clases de público indicadas, entraba en el teatro por puertas y escaleras independientes.

Segun cálculo aproximado, podrian acomodarse en su recinto mas de diez mil espectadores.

El Coliseo Saguntino se conservó con bastante inte-

gridad hasta el año 1808, en que se derribó toda la parte superior para que cooperase á la fortificacion del castillo, quedando en un estado de abandono deplorable, hasta que en 1864, hallando eco las peticiones de muchos celosos patricios, se mandó cerrar por una gruesa y alta pared, que hoy preserva de la destruccion á un monumento que por su antigüedad y gloriosos recuerdos es digno de vivir eternamente.

Como he dicho, existen tambien en Murviedro los vestigios de un circo, los que se distinguen en la margen del Palancia, detras del ex-convento de la Trinidad.

En el dia solo quedan algunos pedazos de pared desmoronada.

Segun las noticias que de él dan algunos escritores se infiere que su forma fue oval, y media 1.026 palmos de longitud y 326 de latitud, dimensiones iguales á las del circo máximo de Roma.

Esto encuentra el viajero que busca en la nueva Murviter, los vestigios de aquella celeberrima ciudad.

III.

Un capítulo que no tiene nada que ver con este opúsculo.

Consecuentes con nuestro propósito terminamos nuestra misión de historiadores respecto á Sagunto.

Ahora es preciso, mis complacientes lectores, que abandonemos aquellas antiguas ruinas de recuerdos tan imperecederos como gloriosos, y nos traslademos al puerto del Grao de Valencia.

El tránsito lo haremos como mas os guste, en ferrocarril, en vapor, ó en globo.

De ningun modo os ha de costar nada, y el pasaje ha de ser seguro, cómodo y agradable. Vereis inmensas campiñas pobladas de verdes olivares, alegres paisajes, hermosas y odoríferas flores, en fin, cuanto tiene la naturaleza de admirable y halagador.

Despues de recorrer un trayecto de 19 kilómetros llegaremos á una bellissima villa que se sienta entre el mar y la márgen izquierda del Túria como una copa de plata sobre una alfombra de verdura.

Allí descansaremos un momento y recorreremos la poblacion, no porque ella encierre nada de notable, sino porque es el pueblo que me vió nacer, y á fuer de agradecido debo tributarle un recuerdo cariñoso.

¿Cómo no hablarte de ese lindísimo pueblecito, cuando él encierra tanta cosa que me es querida?

¿Cuando en él aprendí á llorar y á reir?

¿Cuando en él oí por vez primera el nombre del Criador, y le ví á través de la menor de sus obras?

¿Cuando en él sentí la dulce presion del primer beso de mi buena madre; los primeros halagos de mi padre querido?

¿Cómo olvidar al Grao, si su solo nombre seria capaz de inspirarme un poema de sentimiento?.

.

Nada de esto os importa, ya lo sé; pero espero me dispensareis la inoportunidad de este capítulo, pequeño arranque de mi amor pátrio.

Por otra parte, estos breves apuntes serán el eslabon oficioso que una mi paseo á Sagunto con mi viaje á Túnez.

No fueron ni fenicios, ni cartagineses, ni griegos, ni romanos, los que fundaron á mi pueblo.

El Grao empezó á poblarse allá por los años 1249, poco tiempo despues de la conquista de Valencia por el invicto rey D. Jaime I de Aragon.

Ciento cincuenta y dos años despues el Consejo de

la morisca ciudad, acordó autorizar la instalacion de nuevos establecimientos.

«Grao: playa ó ribera de mar, en donde pueden verificarse con facilidad los embarques y desembarques.»

Esta definicion, tomada del diccionario de la lengua castellana, bastará para dar una idea del objeto, fin y sér de esta poblacion.

En 1503, siendo ya la Villanueva del Grao un pueblo de alguna consideracion, se mandó cercarle por una muralla con sus correspondientes puertas á fin de encerrar las magníficas atarazanas que aun se levantan hoy magestuosas en la plaza á que dan nombre: se edificaron con el objeto de guardar el armamento de mas de catorce galeras que entonces tenia Valencia, y para depositar en su recinto los cereales que se maleaban en la playa.

Esto fue en el año 1410 reinando D. Pedro IV de Aragon.

La arquitectura de estos vastos almacenes es sencillísima.

En número de cinco y unidos entre sí por cuarenta y cinco arcos ojivos de mamposteria, se estienden de E. á O. formando cinco cuadrilongos de doscientos ocho palmos de longitud, y cincuenta y cuatro de lalitud, sobre otros tantos de altura.

Su techumbre forma cinco caballetes, sostenidos por los arcos indicados, verificándose el desagüe en tiempo de lluvia por cuatro canalones de piedra, colocados en los intervalos que dejan los cinco tejados.

Cinco puertas de herradura dan entrada á estos establecimientos, que reciben la luz por dos grandes ventanas enrejadas, abiertas en los testeros de cada uno de ellos.

En el interior de estos depósitos se ven todavía algunas argollas en las que se suspendían, sin duda, las entenas, remos, jarcias y demás aparejos correspondientes á las galeotas.

También se construyó en 1534 un sólido baluarte que defendiese la población por la parte del mar, en caso de ser atacada inesperadamente por los piratas de Argel, que entonces eran el terror del Mediterráneo.

Aquel fuerte subsistió desmantelado hasta el año 1856 en que se derribó.

En cuanto á la muralla tampoco existe ya, y las puertas, que se han demolido recientemente, contaban solo 68 años de existencia, no quedando vestigios de las antiguas, que supongo se elevarían en las entradas principales de la villa.

Existió también, y fue derribado el año 1863, por las dragas, un vasto almacén de igual construcción que las atarazanas, aunque de menor magnitud.

Aquel edificio que era designado con el nombre de *Casota*, estaba situado en la playa frente las puertas antes citadas.

Tenia en el testero un patio descubierto, perfectamente embaldosado y cercado de una pared circular de gruesas sillares.

La Junta de Comercio de Valencia, fue quien en 1767 fundó la *Casota*, segun se leia en una lápida colocada encima de la puerta, y que decia así:

D. O. M.

CAROLO III HISP. REGE. FEL. PIO AVG. P. P.

AVSPICE.

RESTITVTI.

X. HVIRI. VALENT. MERCATE. ET. AGRICVLT. FOVENDIS.

LITIBVS. QVE. IVDICANDIS.

APOTHECAM. HANG.

MERCIBVS. HVC. TRANSPORTATIS. CVSTODIENDIS.

F. C.

A. R. S. cl 33 CCLXVII.

La Iglesia parroquial del Grao: hé aquí un edificio que merece tambien visitarse.

Todo en él es agradable. Penetremos por cualquiera de sus dos puertas y nos encontraremos en una magnífica y espaciosa nave, en la cual no sabemos qué admirar mas, si la suntuosidad de sus atrevidas y elevadas bóvedas, la magnificencia de sus brillantes frescos, ó la riqueza de sus bellísimos trabajos de talla.

La Iglesia del Grao, sin tener la arquitectura del Quirinal, ni encerrar las obras maestras del Vaticano, es uno de esos templos que escitan á permanecer en él.

Es una casa de Dios que dá una bella idea de nuestro divino culto; que invita, que mueve á la piedad cristiana.

Fue construida el año 1736.

Sus pinturas se deben al pincel del aventajado profesor D. Vicente Lopez, pintor de cámara, y los relieves fueron ejecutados por el célebre tallista Cotanda.

El puerto: Este es la vida de mi pueblo, y si bien es verdad que el Grao prosperaria mas sin los gravosos impuestos que su construccion le acarrea, tampoco es posible negar, que el puerto es quien ha hecho del Grao el pueblo mas importante de la provincia de Valencia.

El pensamiento de dotar á Valencia de mejora de tanto interés, fue ya incoado el año 1483 por el caballero Antonio Joan, que obtuvo para sí y sus sucesores un privilegio otorgado en Córdoba por S. M. el Rey Don Fernando el Católico; por el cual se le concedia facultad para construir en la playa del Grao un puente que facilitase las operaciones de embarque y desembarque.

Aquel puente fué destruido en 1555 y no encontrándose el entonces propietario Benito Honorato, Joan, Sr. de Thous, con medios para efectuar su reparacion, trató el Consejo de la ciudad de comprarle sus derechos. No habiendo habido avenencia entre el Consejo y el Sr. de Thous, se nombró árbitro al Sr. Duque de Maqueda, capitan general de Valencia, el cual sentenció que pagase Valencia al Honorato Joan la suma de 67,500 sueldos como derechos que le pertenecian y además un censo anual de 4,500 sueldos pagados por trimestres.

Quedó, pues, el puerto del Grao propiedad de la

ciudad; y en 1575 se contrataron las obras con el magnífico Miguel Figuerola, ciudadano.

Escolano, en sus *Décadas*, escritas en 1610, nos habla del muelle del Grao en estos términos:

«Tiene este pueblo del Grao, un muelle ó puente de madera de 600 pasos de largo para embarcar y desembarcar: que se conserva con mucho trabajo y gasto del comun, por comerse los palos y estacas en que se apoya un invisible gusanillo que llaman *Broma*; sin ser posible que se haga argamasado y de piedra; porque son tantos los bancos de arena que el flujo y reflujó de la corriente le va arrimando, que de un año para otro se queda la mitad del muelle en seco por la parte de tierra; y es fuerza andar siempre alargándole para adentro; que á no ser de madera lo pudiera llevar y fuera gasto perdido si se labrara de piedra.»

Una estacada vieja y carcomida, resto de aquel muelle, apareció el año último al verificarse el desareno de la playa del Grao.

El puerto del Grao de Valencia ha sufrido durante doscientos cincuenta años las mil vicisitudes que siempre acompañan á las grandes construcciones.

Hoy, gracias á la rapidéz con que se llevan á cabo las obras contratadas con la sociedad de Crédito Valenciano, el puerto del Grao es por su situacion, capacidad y construccion uno de los puertos mejores y mas seguros de nuestro litoral.

Verdad es, que son susceptibles de ventajosa reforma

los prolongados muelles que le cierran ; pero es innegable que nuestro puerto puede ser colocado en primera línea entre los puertos artificiales de España.

Fáltame decirlo que la población no es fea. No porque yo lo diga, sino por las modernas y buenas casas que forman sus desahogadas calles.

Dirijámonos á la del contramuelle, donde nos espera un bote de guerra para conducirnos al capítulo siguiente.

IV.

En donde comienzan mis impresiones.

El día 14 de Junio de 1865, á las tres de la tarde, el vapor de guerra *General Liniers* se habia puesto en franquía en el espacioso puerto del Grao.

El humo blanquecino que despedia su chimenea y las rápidas maniobras que obedeciendo al silbato del contra-maestre se egecutaban, indicaban que este buque iba á ponerse en movimiento.

El *Liniers* es un pequeño pero lindísimo vapor de ruedas, de la fuerza de 120 caballos y de dos colisas de armamento.

Su dotacion consta de 90 plazas y está mandada por mi querido amigo el ilustrado teniente de navio Don Eduardo Alvarez de Estrada.

El carácter bondadoso del inteligente comandante y el trato amable de sus simpáticos oficiales subalternos, convierten los pesados trabajos de bordo en una distraccion, que el instruido *equipage* egecuta con gusto, orden y precision.

En una palabra, la tripulacion del *Liniers*, gracias al entendido comportamiento de sus gefes, es un modelo de subordinacion y disciplina.

La cubierta presentaba á la hora indicada, ese agradable desórden que es indispensable en un buque momentos antes de dar la vela.

A una y otra banda y amarrado á la obra muerta, se habia colocado el cureñage de las piezas, que motivaban el viage del vapor.

El *Liniers* habia sido destinado para conducir á Tunez la comision encargada de presentar á S. A. el bey los cuatro cañones rayados que nuestra Soberana le ha regalado.

Dicha comision habia llegado á bordo, y se componia del Teniente coronel de Artillería D. Ramon Sanchiz, del primer intérprete oficial D. Fernando María Azancot y del Teniente D. Francisco Fernandez de Heredia; todos tres individuos dignos del mayor aprecio por muchos títulos. En clase de aficionado el Excmo. señor Marqués de Cruilles acompañaba á estos señores, á quienes yo no conocia y á cuyas simpatias debo una amistad verdadera: venian tambien 20 artilleros y un sargento; todo estaba dispuesto, el cabrestante empezó á levar el ancla y poco despues el buque comenzó á deslizarse suavemente, señalando en la superficie de las aguas una brillante estela de blanca espuma.

La tarde estaba deliciosa. El sol caminando hácia el ocaso, prestaba al mar un riquísimo manto de oro y azul que las olas agitaban ligeramente.

Un horizonte despejado aparecia á proa: la tierra se alejaba por la popa, y Valencia con sus numerosas y

elevadas torres y minaretes, formaba en medio de su verde campiña un paisaje encantador.

El *Liniers* se mecia coquetamente sobre el muerto oleage producido por la fresca brisa vespertina.

La naturaleza se presentaba á nuestra vista ostentando sus mas hermosas galas. Sin embargo, yo no gozaba completamente de la inspiracion que prestaban el cielo, la tierra y el mar.

Mis ojos inmóviles permanecian clavados en un punto blanco de la costa que se perdia entre el mar y el espacio.

Un momento despues, una profunda melancolia se apoderó de mi corazon.

No era estraño: dejaba todas mis afecciones en aquella ribera que se habia sepultado entre la bruma.

De este estado de abstraccion me sacó el aviso de que fuese á comer. Aunque habia cumplido esta necesidad antes de embarcarme bajé á la cámara; pero el calor que allí se sentia me regaló un finísimo mareo que me obligó á dejar la grata compañía de los oficiales por la atmósfera vivificante que se respiraba en el puente.

El que haya tenido la desgracia de marearse, comprenderá la angustia que yo pasé durante dos horas.

El *mal de mar*, como dicen nuestros vecinos de allende los Pirineos, es un tormento con nada comparable.

Es empresa vana querer distraer al atacado; todo le es indiferente.

El menor movimiento le fastidia , y si llega á mirar el purísimo azul de las aguas , ¡ah! entonces las ansias se centuplican y no hay mas remedio que *cambiar la peseta* si se tiene la dicha de poder proporcionar este descanso á la caja de la vida.

Esto fué lo que á mí me pasó y tambien al marqués y á Heredia , segun despues supe.

Comprendí la necesidad de recurrir á la horizontal, y ligero como un venablo me dirigí á mi camarote.

Jamás me ha parecido la cama tan dulce como aquella noche ; pocos instantes despues era presa de un profundo sueño.

V.

Tres días en el Mediterráneo.

El 15 fué un día de completa calma. Despertóme la luz que penetraba por la lumbrera de mi camarote.

Eran las cinco de la mañana.

El vapor avanzaba rápidamente, abriéndose paso en la inmensidad del mar que refractaba la claridad de un cielo sin nubes.

La costa de Ibiza formaba un bellissimo panorama á nuestra derecha.

La de Mallorca se divisaba lejana por la mura de babor.

El mareo habia desaparecido completamente y la brisa de la mañana abria un apetito voráz.

Un café con tostadas formó nuestro desayuno.

La tripulacion se ocupaba en la limpieza del buque, que asemejaba á un pequeño pueblo.

A las nueve de la mañana vimos una enorme tortuga durmiendo sobre la superficie de las aguas.

Se mandó parar la máquina y arriar un bote.

Esta maniobra se ejecutó con una rapidéz admirable.

Cuatro remeros saltaron á la lancha y el oficial señor Ortiz y yo les acompañamos.

El anfibio se dejó aproximar bastante, pero desapareció repentinamente.

Habíamos perdido el tiempo.

Viramos hácia bordo, desvanecida nuestra curiosidad que habia sido grande.

El *Liniers* con el mastelero de popa acalado, permanecia como anclado en el trasparente charco.

La soledad que le rodeaba y la esbeldéz de su casco y aparejo que confundia una blanca cimera de humo le daban un aspecto arrogante.

Nuestros compañeros nos recibieron con un bromazo, y el chasco de la tortuga fue el asunto principal de nuestra conversacion durante el almuerzo.

La «Gran Balear» se nos acercaba y sus altos montes, ligeramente rosados por el sol regalaban á nuestra vista un agradable paisaje.

Mis compañeros *mataban el tiempo* jugando al tresillo.

Yo soy profano en esta clase de distracciones. La naturaleza nos presenta á toda hora en el menor de sus átomos un libro de instruccion fecunda.

Siempre se encuentra algo en que distraer la mente que produzca mas resultados y mas útiles, que la satisfaccion que causan los lances de *bola y codillo*.

Imposible parece que haya jugadores de oficio.

No colijo cómo existen hombres, que por un exceso

de codicia ó *vanidad* juegan en cinco, en un minuto, una fortuna fruto de prolongadas penalidades y patrimonio de sus inocentes hijos.

Viéndome solo recurrí á mi biblioteca portátil y los sentidos versos del inmortal Arolas me entretuvieron agradablemente hasta la hora de comer.

El puente era nuestro alojamiento forzoso; en ningún lugar del buque se respiraba con mas libertad.

Tomábamos este desahogo, como preservativo del mareo, y nos hacíamos servir la comida en aquel parage (1).

La noche sobrevino y los faroles de situacion fueron colocados para señalar la existencia de mas de cien vidas y evitar los funestos resultados que pudiera producir un choque.

Era día del Corpus y se habia concedido alguna expansion á la marineria.

Con tal motivo se improvisó un jaleo malagueño, á compás de dos trastos armónicos, que hacia bailar de gozo al de ánimo mas decaído.

A las nueve se tocó la retreta y la voz de ¡¡¡alerta!! repetida cinco veces, vino á verter la calma y el silencio en aquel punto móbile en medio del Mediterráneo.

El diez y seis navegamos sin inconveniente con rumbo á la isla Galita, que segun cálculo de los pilotos, debia verse el 17 por la mañana.

(1) Gracias á la amabilidad del condescendiente Sr. Estrada.

Restábanos pasar día y medio sin ver tierra.

Afortunadamente el Mediterráneo en su bonanza, nos proporcionaba un camino sin baches ni polvo, el cual recorríamos en un carruaje que encerraba todas las comodidades apetecibles.

El buque señalaba á nuestra vista el centro de una circunferencia imaginaria, trazada por el mar, cuyo límpido horizonte se confundía en el espacio etéreo.

Allí se comprendía la inmensidad de un Dios único.

Allí se concibe la pequeñez del génio de la criatura, comparándole con el de su Hacedor.

Allí sabe apreciarse la superioridad de esta misma criatura, su dominio en el Universo y lo vago de su sér.

Allí se aprende á agradecer al Criador los beneficios que á cada paso nos concede y que acaso empleamos en menoscabo de su grandeza.

La inmensidad del mar publica la omnipotencia Divina.

Sí: hay un Dios. El sol elevándose en el oriente entre nubes de grana, escribe su nombre con caracteres de fuego sobre la naturaleza toda.

Hay un Dios, y su poder y su bondad son inmensurables.

Nuestro espíritu, separado del lodazal inmundo de la tierra, se encuentra en medio de los mares ante ese Sér Supremo: siente su influencia benéfica en las aguas á quienes dá fuerza para sostener y abrir paso sobre insondables abismos á la inteligencia del hombre. En

esta misma inteligencia que nos presta para que le conozcamos y adoremos.

¡Loado sea!....

El *Liniers* adelantaba ocho millas por hora.

Ningun objeto empañaba el trasparente elemento que cortaba á su paso.

El mar parecia un claro espejo de Venecia.

En vano, en vano buscará el historiador sobre sus vastas anchuras la senda que trazaron las numerosas flotas fenicia y cartaginesa en su venida á la Bética.

Es inútil que busque la estela que, á su paso señalaran las poderosas armadas de Himilcon y Asdrubal, Magon y Agatocles, conquistadores de la Cerdeña, la Sicilia y Cartago.

Es empresa vana buscar en esa inmensa llanura los vestigios de la gloriosa batalla de Lepanto.

El mar es un cementerio sin epitafios. Todo lo absorbe. El dedo de Dios es quien borra las escenas sangrientas que un momento se graban sobre su superficie.

El día siguiente por la mañana un viento fresco del S. E., con su correspondiente embate, nos obligó á cargar y aferrar el aparejo que desde el día anterior llevábamos largo.

El vapor se elevaba magestuosamente levantando al caer miles de perlas, que recogia su proa y corrian deshechas por el trancanil hasta perderse por los embornales.

A las diez teniamos á la vista la isla Gálita marcada en lontananza por un punto ceniciento.

Los débiles habíamos *devenido* fuertes.

Los dulces vaivenes del buque, no lograron trastornar nuestras cabezas, que presentábamos á la fresca atmósfera creada por las rociadas.

La marejada tiene tambien sus atractivos.

Es hermoso ese columpio que á cada uno de sus balances parece hacer cambiar de horizonte al astro del dia.

A la una, el doctor del *Liniers* Sr. Acosta, nos propuso apurar una botella de zumo de uvas, cuyo esquisito sabor trajo á nuestra memoria las bien provistas bodegas de Jerez de la Frontera.

A las tres de la tarde nos encontrábamos entre la Gálita y su vecino el Galiton.

El archipiélago de que forman parte estos islotes, consta de tres mas que se estienden hácia el E. y se llaman el Gallo la Gallina y el Pollo.

Distan treinta leguas de la costa de Cabo blanco.

La vista de tierra nos causó un gozo indecible.

Entonces comprendí la magnitud del de Colon al divisar la ténue luz que le indicó la realidad de sus creencias; como el dia antes habia medido su arrojo y decision al entregarse á la turbulencia de un mar indómito y desconocido.

La Gálita desapareció por nuestra popa.

Al anochecer, el tiempo se quedó calma.

Era la última noche de mar.

La esperanza de pisar tierra firme dentro de algunas

horas, nos preparaba para experimentar la impresion que debia causarnos la presencia de un país cuyas costumbres difieren tanto de las nuestras.

La melodía de una barcarola, tocada en un *armonium* (que formaba parte de mi equipage) vino á aumentar los torrentes de poesía que, sobre los moradores del *Liniers* derramaba el Mediterráneo, riellando la brillantéz de los innumerables astros que engalanaban la bóveda celeste.

A las once abandoné la música y el puente por la litera y hubiera dormido toda la noche de un sueño, á no despertarme un extraordinario movimiento en la cubierta y la percepcion de una voz que gritaba en árabe.

Me incorporé y con mi correspondiente susto me dirigí al sitio de la novedad.

La máquina no funcionaba.

Muy cerca del vapor se deslizaba lentamente un buque cuyo aparejo me era desconocido.

La constante vigilancia de nuestros oficiales y ser-violas de guardia, le habia librado de un siniestro.

La tripulacion del *Cáрабо* dormía sin duda y navegaban sin señal alguna y en el descuido mas completo.

Salvado el peligro, el *Liniers* continuó su marcha y yo me volví á la cama medio soñando con la aparicion de un pirata y mi conversion en esclavo de un bajá de siete colas.

VI.

El recalo. La costa de Africa. El fondeadero.

La costa de Africa presentaba á nuestros ojos en la madrugada del 18 uno de esos caprichosos aspectos cuya bizzarria saben describir con tanta verdad Chateaubriand y Lamartine.

La brisa matutina traia hasta nosotros las emanaciones aromáticas que se desprendian de los frondosos bosques de la ribera.

Hubiera conocido este pais por instinto, por inspiracion; tal era su perfecto parecido con la idea que de él tenia formada.

Estiéndese el litoral cubierto de jardines, magníficas quintas de arquitectura árabe, circuidas por elevadas almenas y anchos fosos cuya presencia me recordaba los tiempos del feudalismo.

En la cima de una colina y á semejanza de uno de los palacios de la antigua Jerusalem, se eleva un edificio poligonal, rodeado de un pórtico corrido que forman graciosos arcos sostenidos por columnas de granito.

En la orilla del mar algunos aduares de beduinos,

cuyas escuálidas figuras envueltas en sus blancos alquiceles distinguíamos perfectamente.

En el promontorio que forma el cabo Cartago, el vigía de una fortaleza señalaba nuestra proximidad enarbolando una flámula blanca y encarnada.

Nuestra travesía tocaba á su término.

En el fondo de la bahía de Túnez se distinguía la arboladura de un sinnúmero de buques.

Sentí dejar espectáculo tan agradable, pero el arreglo de mi descuidado *negligé* me forzó á bajar á la cámara á fin de ponerme un *forro mas presentable*.

El vapor marchaba á media velocidad.

La máquina parecía querer despedirse de nosotros saludándonos con sus últimos tic-tacs.

Mi *toilette* me ocupó un breve rato.

El prolongado ruido que producía la cadena al correr por el escoben me sorprendió en la escala.

Habíamos dado fondo.

La espaciosa bahía de Túnez está formada por la ensenada que hace la costa entre los cabos Cartago y Bueno.

Es un seguro, cómodo y buen fondeadero.

Estábamos á cuatro cables de tierra.

Una multitud de buques de guerra de todas naciones permanecían anclados á la gira.

Casi todos ellos eran buques de mas porte que el *Liniers*.

Mi susceptible orgullo nacional se vió mortificado con aquel encuentro.

Hubiera querido doblar el cabo Cartago á bordo de una de las hermosas fragatas de nuestra armada.

Pero como no hay mal que no admita consuelo, me pareció bien el carácter modesto que nos daba nuestro pequeño vapor, que no disminuía el respeto que se debe á nuestra bandera.

Un grupo de blanquecinos caserios componen el lindísimo pueblo que se llama la Goleta.

En la playa observamos un ejército acampado junto al fuerte que defiende la entrada del canal de la Goleta.

Un elegante establecimiento de baños se levantaba sobre el mar frente al campamento.

Un bote con bandera amarilla á popa atracó á nuestro bordo. Era el de sanidad.

Una bien tripulada canoa, procedente de uno de los vapores tunecinos, le siguió conduciendo al comandante de aquel buque, que, como los de todos los demás surtos en el puerto, vino á hacernos los ofrecimientos de costumbre.

Esta visita fué devuelta al dia siguiente por nuestro digno comandante.

El señor vice-cónsul de España en la Goleta y Don Jehia Sicsú, primer intérprete de nuestra legacion en Túnez, vinieron despues á darnos la bienvenida de parte del Sr. Cónsul general, cuya residencia en la capital dista dos leguas y media del puerto.

El estampido de las gruesas colisas del *Liniers* saludó al pabellon tunecino, izado en su palo trinquete, con veinte y un cañonazos disparados con una regularidad admirable considerado el corto armamento de nuestro vapor.

El fuerte de la Goleta devolvió el saludo á la insignia española ondulante en la popa del *Liniers* tiro por tiro.

Un magnífico bote fué dispuesto, y acompañados de nuestros marinos dejamos nuestra casa flotante para trasladarnos á tierra.

El fuerte de la Goleta es el mismo que levantó Cárlos V cuando en 1535 fué á reponer en el trono de Túnez á Muley-Hassam del cual habia sido lanzado por el pirata Cheredin, conocido por *Barbarroja*.

Es una batería descubierta bien artillada y en buen estado de conservacion.

Del pié de esta fortaleza parte hácia el E. un muelle de vieja construccion que presenta al O. una batería compuesta de cañones de grueso calibre.

Este muelle forma el canal de entrada al antiguo puerto de Túnez.

Desembarcamos y fuimos recibidos por el *caid* ó gobernador de la Goleta, que nos invitó á descansar en el palacio del *almirante* contiguo al desembarcadero.

Allí conocimos á los simpáticos hijos del Sr. Cónsul general de España.

Los guardias de la puerta de palacio presentaron las armas á nuestro paso.

A la derecha de un ancho corredor se estiende un elegante salon amueblado á la europea ; allí se nos sirvió un café, que tenia de tal tan solo el color, pues las demás propiedades eran nulas, con la cantidad de ambar que contenia cada porcion.

El Sr. Gobernador nos participó que S. A. habia dispuesto se nos alojase en la Goleta, en razon á ser este pueblo la residencia de verano de la córte de Túnez.

El Sr. Sicsú fué á conferenciar con S. E. el primer ministro, sobre nuestra venida, y yo aproveché este accidente, y acompañado de mi amigo el Sr. Acosta me dirigí hácia la puerta á satisfacer mi curiosidad harto movida ya, con la diversidad de gentes y cosas que habia notado en el instante de mi desembarque.

Es indescriptible la impresion que me causó la primera vista de un pais de costumbres tan diferentes á las nuestras.

Eran las nueve de la mañana.

El dia hubiera sido hermoso sin el calor que se sentia.

La calle principal de la Goleta, tiene á un extremo la puerta que conduce al camino de Túnez, y está atravesada en el otro por el canal antes indicado.

Los edificios que la componen son irregulares en la parte del Mediodia y en la del Norte, palacios uniformes de un solo piso bajo, provistos de una espaciosa acera

cubierta de un pórtico corrido que cierra una elegante verja de hierro fundido.

En el centro de la calle hay una bonita fuente cuyos juegos de agua son caprichosos.

A la hora de nuestra llegada transitaba bastante gente de todas *clases y colores*.

Veíase aquí un beduino montado en su camello; otro allá guiando el suyo que llevaba cargado de las frutas mas sabrosas. Distinguíase en otra parte un grupo de hebreas ávidas de saber noticias nuestras.

La curiosidad de las *eras* en todas partes es la misma.

Mas cerca, niños, negros y blancos implorando nuestra caridad.

Una seccion de presidarios súcios, andrajosos, demacrados, con la capucha calada y el aspecto mas mísero, barrian la calle sujetos uno á otro por los eslabones de una pesada cadena.

Hubiera continuado con gusto mi paseo por la Goleta á no esperarme nuevas impresiones en Túnez á donde nos dirigimos en cinco cómodos carruages.

VII.

La Goleta. El Bahira. Túnez.

La Goleta en árabe *Halk-el-Oued*, significa embocadura de río ó de canal, y está situada en la lengua de tierra, do tiene su union con el mar el *Bogara* ó lago *Bahira*.

El *Bahira* es el antiguo puerto de Túnez y debia ser muy vasto y profundo, pues que el año 533 de J. C. fondearon en sus aguas los 600 buques que componian la armada de Belisario, la víspera de entrar triunfalmente en Cartago el general bizantino.

Mil años mas tarde este lago se quedó tan seco, que la diezmada guarnicion de *Barbarroja*, arrojada de la Goleta por las tropas de Cárlos V, huyó á Túnez á pié á través del *Bogara*.

Hoy mide cinco leguas de circunferencia y su profundidad son dos metros en el centro y dos pies cerca de las márgenes.

Seria de fácil ejecucion y reportaria grandes beneficios al comercio la apercion de un canal entre la Goleta y Túnez en línea recta por el Bahira.

En medio del lago se encuentra el islote *Chicli* que sirvió antiguamente de lazareto.

Sobre él se eleva un ruinoso castillo edificado por las tropas de Carlos V.

En uno de los patios de esta fortaleza encontramos abandonados tres viejos cañones de hierro, y según me dijo el caballero Tulin, Cónsul general de Succia, se conservó hasta hace poco en el mismo patio, una pira de restos humanos pertenecientes á españoles.

El islote Chikli es notable por los millares de flamencos ó fenicópteros que animan sus alrededores.

Las bandadas de aquellas hermosas aves parecen, cuando tienden el vuelo, nubes del color de rosa más bello.

Nuestros coches corrían impetuosamente por un camino arenoso, abierto al oriente del lago, á cuyo occidente divisábamos una gran ciudad que se extendía sobre una colina gredosa rodeada de verdes olivares é inmensos campos de trigo.

Aquella ciudad es la misma á quien Diodoro llamó *Blanca*; la que fué cantada por los poetas árabes con el nombre de *el Kadra* (la gloriosa) *el Zahara* (la verdenciente): la Túnes ó Tunissi de los antiguos, según Tito-Livio. Túnez, en fin, que sobrepujando los obstáculos que se opusieron á su progreso, se levanta aun hoy floreciente después de veinte y nueve siglos de su fundación.

La importancia de Túnez ha venido creciendo considerablemente desde la destrucción de su vecina Cartago, consumada el año 694 de nuestra era.

El casco de la ciudad, de dos leguas y media de circuito, se halla defendido en su mayor parte por la artillería de una vieja muralla almenada.

Del centro de la ciudad surge dominante el *Kasbah*, restos de una gigantesca ciudadela del tiempo de Carlos V.

En el interior de esta alcazaba está instalada la fábrica de pólvora del gobierno.

También ostenta la ciudad graciosos minaretes correspondientes á las mezquitas, que son numerosas, distinguiéndose entre todos el de la *Djema el Zitouma* (mezquita del Olivo) que es la antigua catedral española.

Un acueducto moderno cruza con muy buen efecto un anchuroso valle colocado detrás de la ciudad y en el cual está situado el *Bardo*, palacio de S. A. el bey.

Penetramos en Túnez por una puerta de arquitectura árabe.

Recorrimos una especie de arrabal, formado por una calle de casas de construcción europea.

Al fin de este arrabal y en un paraje de los más agradables de la ciudad, se halla instalada la Legación española y consulado general que ocupa un edificio *ad-hoc*.

Allí nos apeamos y una cómoda escalera nos condujo á un elegante salón, en el cual nos esperaban nuestro digno *Encargado* de negocios D. Carlos Navarro y su apreciable señora.

El salon del consulado , decorado á la europea , la amable compañía de sus moradores y una copa de rico *pajarete* , proporcionaron algun descanso á mis sentidos y los dispusieron á continuar sus impresiones.

Acompañados de los señores Navarro y Sicsú y de sus hijos , nos dirigimos á dar una vuelta por el interior de la ciudad.

Dos dragomanes nos precedian.

Dragoman es sinónimo de intérprete.

Los individuos que asi se llamaban en Túnez antiguamente , eran los turcos y moros que hablaban *el franco*, mezcla convencional y corrompida de todos los idiomas meridionales.

Hoy los *Turgemans-dar-el cónsul* son guardias moros descendientes de los *Kouloughias* , que el gobierno tunecino concede á los cónsules estrangeros para que les sirvan en calidad de *genizaros* ó agentes de la fuerza pública.

Uno de los dragomanes puestos á nuestro servicio se llamaba *Jamda*.

Era un robusto mozo de ojos espresivos y arrogante figura.

Nunca he visto el airoso trage oriental llevado con mas desenvoltura.

Componíase el de *Jamda* de zapatos de charol escotados, finísimas medias blancas, pantalon ancho, petillo, zuava y jaique de color de lila con agramanes

del mismo color , una faja de seda blanca , verde , encarnada y amarilla y un gorro frigio.

Consistia su armamento en un sable curvo.

Jamda era un muchacho simpático por presencia y esencia.

Ha sido capitan de buque.

Habla italiano y tiene gran aficion al español.

Nos ha acompañado á todas partes durante nuestra permanencia en aquel pais.

Volvamos á la ciudad.

Adelantábamos por un sinnúmero de calles estrechas y tortuosas empedradas con gruesos quijarros, pasamos por muchos arcos oscuros , especie de túneles en donde la luz del dia no ha penetrado , sabe Dios desde cuándo , y nos encontramos en los zocos , que son unos grandes bazares ni mas ni menos.

Es una ciudad comercial y manufacturera.

De Túnez proceden los mejores gorros de lana, riquísimos tejidos de seda y oro y purísimas esencias.

Su poblacion total asciende á 125,000 habitantes, de los cuales pueden deducirse 19,000 europeos, siendo los 106,000 restantes moros é israelitas.

Túnez está dividida en tres grandes distritos , *el moro* , el europeo *hab-el-bahar* y el hebreo *el hara*.

El viagero que olvide la *vieja* antigüedad de *la Kadra* y busque en su recinto la agradable perspectiva de una ciudad moderna , se verá sumido en la mayor estupefaccion al internarse en un laberinto de calles

angostas y sombrías, formadas por innumerables edificios sin orden y con una variada mezcla de lujo y miseria.

Tunissi no tiene mas mérito que el que le dá la historia.

Esparcidos por las calles, se encuentran pedazos de columnas de mármol y granito, y es muy comun encontrar un capitel de mérito y gusto raros, sirviendo de guarda-canton.

Recorrimos la mayor parte de la ciudad cambiando la atencion que nos llamaban la diversidad de trages y costumbres de los moros, por la que les escitaban los vistosos uniformes de nuestros apuestos gefes y oficiales.

El trage de los moros es variado y ya visten como nuestro mameluco Jamda, ya usan una bata suelta ó ya el incómodo ropage de los beduinos.

El albornóz es su prenda indispensable.

Los moros usan el turbante blanco.

Los que son descendientes del profeta, verde, y negro los israelitas.

La córte y sus subdelegados, visten á la europea; y sustituyen el sombrero con el gorro frigio ó *schichas*.

Nunca se descubren la cabeza, y el agrávio mayor que puede inferírsele á un mahometano es quitarle el gorro.

El trage de las hebreas y moras es feo de hechura y conjunto, pero lujoso y rico en detalles.

Un pantalon de un tegido muy tupido de oro ó plata, una camiseta de finísimas blondas y una chaquetilla del mismo tegido que el pantalon forman sus principales ornamentos.

El pantalon es ajustado hasta la rodilla y de esta á la cintura bastante holgado.

Una camisa de seda de colores, de igual hechura que un *sobre-pelliz*, cubre su cuerpo hasta medio muslo.

Completan estos atavios unas zapatillas, un vistoso pañuelito á la cabeza y un albornóz.

Generalmente las mugeres son obesas, principal cualidad entre los moros para constituir una belleza perfecta.

Hemos visto algunos rostros incontestablemente bellos.

Las hebreas se pintan los párpados, las cejas y las megillas, se coloran los labios y alguna hay que completa su *abigarramiento* colocándose en la frente una flor de pintura negra.

Las moras salen raras veces de sus casas, y cuando esto sucede, llevan el rostro perfectamente cubierto con un chal de negro crespon.

Este fué el resultado del primer dia de mis investigaciones en Túnez.

Al anohecer regresamos á la Goleta.

Nuestro albergue no estaba todavía dispuesto.

Los señores Sanchiz, Azancot, Cruilles y Heredia se hospedaron en una *Locanda* ó fonda.

Yo me fui al *Liniers* en donde tenia seguridad no existia la raza hemiptera, que en otra parte hubiera podido turbar el descanso que necesitaba mi fatigado cuerpo.

VIII.

Los cañones. El Arsenal. La Byrsa. San Luis.

La dulzura de un venturoso sueño, distrajo mi vida hasta las nueve de la mañana siguiente.

Cuando me levanté se estaba efectuando el desembarque de la artillería.

Los cañones fueron trasportados á tierra y colocados entre el serrallo y el arsenal.

El harem está situado á cien pasos del palacio de S. A. y á la izquierda del canal de la Goleta.

Es un edificio multiforme pintado de blanco y cuyas numerosas ventanas cierran espesísimas celosías verdes.

Está custodiado por una guardia negra de eunucos.

En la misma márgen del canal, y á corta distancia del serrallo, hay un esbelto arco que dá entrada al arsenal.

El canal se atraviesa por dos bonitos puentes colgantes.

Junto á aquella puerta, se plantó una tienda para el centinela de las piezas.

El almirante Sidi Ahsen y el capitán general de artillería, estuvieron largo tiempo examinando el regalo y

haciendo preguntas investigadoras cuyas contestaciones oían con gusto.

Los cañones tienen en su parte superior una afectuosa dedicatoria que les llenó de satisfaccion.

Dice el bronce: «*S. M. la Reina de España á S. A. el bey de Túnez en prueba de amistad y buena armonía.*»

Un gran número de gefes y oficiales del ejército se acercaron tambien á reconocer el sistema de batería.

A instancias del señor Almirante entramos en el arsenal.

Como en todos los casos análogos, se formó la guardia y se nos presentaron las armas.

El dique del arsenal lo forma la continuacion del canal en ángulo recto.

Dos fragatas de grueso porte, un vapor, dos bergantines y algunos cárabos, todo en muy mal estado, están anclados en dicho local.

Hay tambien en el arsenal un almacén general en donde se conserva toda clase de armamento, jarcia y demás útiles que son de dotacion en un buque de guerra.

Hoy la armada tunecina consta de trece vapores.

Despues de dejar una guardia española en la tienda, contigua á las piezas, nos dirigimos á nuestro alojamiento.

Se habia amueblado de nuevo parte del palacio que ocupa el consulado italiano.

Se nos servía con atención y gusto y se nos colmaba de distinciones.

La comida procedía de la cocina del palacio de S. A.

A los veinte artilleros se les colocó en el vapor que he dicho hay en el arsenal.

La presentación oficial del regalo se había fijado para el 21.

El 20 por la mañana se verificó la visita del Sr. Navarro al *Liniers*, que saludó al delegado español con trece cañonazos.

Por la tarde visitamos las ruinas de Cartago, cuya descripción considero más oportuna al fin de esta memoria.

En medio de las citadas ruinas se eleva la colina en donde edificó Dido la ciudadela que se llamó Byrsa.

Hoy en la cima de esta eminencia brilla la enseña del cristianismo.

Por un artículo adicional y secreto al tratado de 8 de Agosto de 1830, S. A. el bey Hussein hizo donación perpétua de esta colina á la Francia, para que pudiese construir en ella un monumento religioso que conmemorase la muerte del rey San Luis acaecida en aquel sitio el 25 de Agosto de 1270, hallándose mandando la cruzada contra el rey de Túnez *Abou-Abdallah-el-Mostancer* (Boabdil.)

El mausoleo que hoy existe, es una bonita capilla octógona, de estilo bizantino y en cuyo interior es de admirar la arabesca bóveda que forma la cúpula.

Fué eregida por Luis Felipe en 1844.

Desde la altura de esta ermita se distinguen perfectamente los restos de la célebre ciudad.

Por otro lado, la bellísima poblacion llamada Marsa, se estiende hácia la orilla del mar entre los verdes campos de su frondosa huerta.

El jardín que me rodeaba, en fin, componia un cuadro de soberbio efecto, que sumia mi mente en la contemplacion y los recuerdos.

Yo admiraba el dulce reflejo que el sol repartia desde el horizonte, esmaltando los diversos matices de un mar de fragantes flores.

¡Cuán bella es la naturaleza!

Yo compadezco á los que permanecen insensibles á la vista de sus hechizos.

Presa de deseos tumultuosos, perseguimos los falsos bienes y nos privamos de los placeres mas puros.

Felices, mil veces felices, los que gozan en la contemplacion de la obra del Eterno.

La creacion entera les sonrie y la alegria les acompaña á todas partes, por que en todas partes ha vertido Dios sus bondades.

Su espíritu vive sereno como un hermoso dia de estío y sus afecciones son dulces y puras como puro y dulce es el perfume que emanan las flores.

Yo contemplaba tambien aquel campo de desolacion en donde yacen enterradas las legiones de Aníbal y Escipion.

Mis ojos creían ver humeante la sangre que un día vertieran en aquel país, miles de mártires del cristianismo; y se me representaba la sombra de San Cipriano y las de San Agustín y San Vicente de Paul.

Me acordaba también de San Luis y creía verle espirar en su lecho de ceniza, bendiciendo á su querido hijo.

Yo me consideraba dichoso en pisar el mismo suelo do imprimieran su huella aquellos héroes.

Hubiera permanecido allí hasta la noche á no tener que visitar *La Marsa*, pueblo que antes he indicado.

La Marsa es una lindísima y nueva población.

En ella reside el príncipe *Sidi-Ali*, heredero del trono de Túnez.

Fuimos invitados á entrar en el jardín del palacio de este personaje, en donde recibimos un magnífico ramo.

La comida nos aguardaba y creímos muy prudente dejar libre el campo á la noche y volvernos á la Goleta.

Después de comer asistimos á un concierto vocal é instrumental que tuvo lugar en casa el coronel Sciakir.

La belleza de las elegantes europeas que el salón encerraba y las gratas melodías de Bellini y Donizetti, derramaban raudales de inspiración.

A las once nos retiramos, y embarcados en frescas camas, navegamos toda la noche con rumbo al día siguiente.

IX.

Presentacion. S. A. el bey Sidi-Mohammed-Essadac.
La Estrella del Norte.

El 21 se verificó la entrega del regalo.

La hora señalada para nuestra presentacion eran las once.

La comision y la oficialidad del *Liniers* acompañados de los señores Cónsul, Vice-Cónsul y de todo el personal de las oficinas se trasladó á pié al palacio de S. A.

Los artilleros y un piquete de marineros sin armas cerraban la marcha.

El sitio que ocupan el palacio, el Serrallo y el Arsenal, es una isla bañada por el Bahira y el Mediterráneo.

El Norte y Este de esta isla están resguardados por una sólida y elevada muralla.

En el vértice del ángulo que describe este muro y sobre los cimientos de un antiguo baluarte está edificado el palacio, el cual no brilla ni por su arquitectura ni por la magnificencia de sus pinturas.

Una ancha escalinata conduce á la antecámara.

Fuimos recibidos en aquella pieza por el primer in-

térprete oficial de S. A., señor conde Raffo, que nos manifestó *lo grato que le era presentar á S. A. tan distinguida comision mandada por S. M. C. á llenar un objeto tan noble, pues revelaba la cordial amistad que su magestad Católica concedia á S. A. el bey su Señor.*

Introducidos á su presencia, fuimos presentados á S. A. que nos recibió de pié y procurando demostrar en sus ademanes la satisfaccion de que se hallaba poseido.

El Sr. Navarro presentó á su vez á la comision, y el digno gefe de ella Sr. Sanchiz, manifestó en una breve y sentida alocucion su honrosa quanto elevada mision.

S. A. patentizó lo conmovido que se hallaba al ser objeto de una prueba tal de simpatía por parte de nuestra magnánima Soberana. Dijo: *que el mejor modo de demostrar la amistad era haciendo presentes, que como el actual son de verdadera utilidad; que no hace mas un hermano por otro hermano.*

El recibimiento franco y familiar que nos hizo y el aire satisfecho que demostraba probaban que las anteriores frases partian del corazon.

Dirigiéndose á los individuos de la comision, á los que hizo sentar, dijo que deseaba no careciesen de nada que pudiera serles agradable, y que tomándose la autoridad de un padre para con sus hijos, nos esponia su deseo de que permaneciésemos cerca de él

algunos dias á fin de tener lugar de ver cuanto de notable y bello encierra la capital de su regencia.

El primer ministro, S. E. el príncipe *Mustafá Khaznadar*; el de la Guerra, *Sidi-Mohammed Khaznadar*; el de Hacienda, *Sidi-Aziz*; el almirante, *Sidi-Ahsén*; el general, *Sidi-Selim*; el general Cabaglieri, Antonio Bogo, secretario íntimo de S. A., y toda la numerosa córte que rodeaba al regente, rivalizaron en demostrarnos su afecto y vivas simpatías.

A invitacion de S. A., pasamos á examinar el regalo que se habia colocado en sitio conveniente para poderse manejar con facilidad.

S. A. el bey se enteró detenidamente del sistema de puntería y calidad de las piezas, manifestó que estaba contento con ser objeto de regalo de tan grata significacion, y demostró deseos de presenciar un ejercicio de fuego con dichas piezas por los artilleros españoles.

Dejada á disposicion de S. A. la designacion de dia, se avisó para seis dias despues, y tuvo efecto en las afueras de la Goleta, quedando complacido de la buena construccion de las piezas y de la exactitud de la puntería. Se dispararon 46 tiros, de los que indudablemente hubiesen dado muchos en el blanco, á no ser por lo poco que aquel se distinguia á causa de la sinuosa superficie del terreno.

El bey *Sidi-Mohammed-Essadac*, frisarà hoy en los 55 años de edad.

El talento preclaro de S. A. y su espíritu liberal y progresivo han abierto una nueva era á su nacion que marcha á pasos agigantados por las vias de la ilustracion.

Con un celo digno de todo elogio el actual regente, se esfuerza en introducir en sus Estados la adopcion de las instituciones europeas, y prestando un generoso impulso á las ciencias, á las artes, á la agricultura y al comercio ha sabido elevarse y merecer el aprecio de todos los soberanos de Europa que le ofrecen sus simpatías y apoyo, colmándole de altas distinciones que por otra parte brillan menos que la aureola de gloria que le ha creado su genio regenerador.

Debo hacer tambien especial mencion del primer ministro S. E. *Mustafá Khaznadar* cuyo elevado criterio y recto proceder sabe captarse la voluntad de sus gobernados y de cuantos tienen la honra de conocerle.

Concluida la ceremonia regresamos á nuestro hospedage, donde encontramos un almuerzo opíparo como siempre.

Nos acompañaron á la mesa el Sr. Navarro, nuestro querido amigo el apreciable Cónsul general de Suecia, Mr. Tulin y las amables señoras de ambos.

Inútil es decir que se brindó por SS. MM. y A. española, sueca y tunecina.

Empleamos el resto del día en visitar una hermosa fragata de hélice, sueca.

La *Estrella del Norte* es un nuevo y magnífico

buque de 200 plazas y 17 cañones de dotacion.

Su fino comandante nos obsequió con un espléndido *buffet*, y los caballeros oficiales con otro de no menos gusto. Estos actos fueron amenizados por la *charanga* del buque tocando armoniosas piezas.

De la fragata nos trasladamos al *Liniers*.

A la salida de bordo izó la bandera española y saludó á nuestro Encargado de negocios con 13 cañonazos.

Nuestros galantes oficiales devolvieron en nuestro vapor con mucha delicadeza el obsequio que habíamos recibido de Mr. Tulin y oficialidad de la *Estrella*.

La apreciable esposa del Sr. Navarro se mareó y dejamos por la tierra, el *Liniers* que saludó á su vez al pabellon sueco y á su digno representante en la Tunecia.

El Sr. Tulin nos invitó el dia siguiente para una *soirée* en su casa, y correspondiendo á tanta bondad asistimos y quedamos muy complacidos de su amabilidad y la de su señora.

El mismo dia vimos el *Dar-el-Bey*, palacio oriental construido por *Hamouda-Bachá* y situado cerca de los *zocos*. El interior de este palacio es notable por la belleza de su morisca arquitectura. En él se hospedan los príncipes estrangeros que visitan la capital de la regencia.

La fundicion de cañones fué tambien objeto de nuestra curiosidad.

En este establecimiento conocimos un verdadero talento.

Uno de esos genios que viven oscuros, sin encontrar el completo premio que merecen sus afanes.

Fructífera espiga que crece abandonada en la grieta de un árido peñasco.

Humilde violeta que se oculta fragante entre las hojas de su tallo diminuto.

Mr. Garberon es un excelente director práctico, que ni aun tiene el título de tal.

Se apercibe de un nuevo invento y sin mas maquinaria que la *escasa* del taller, ni mas reglas que las que le proporciona su idea, reinventa por decirlo así, los adelantos de que tuviera remota noticia.

Mr. Garberon es el *alma* de la fundición de artillería de Túnez

El es director, contador, cajero, y desde la pieza de mas calibre hasta la bala de fusil pasan por sus manos.

Desgraciadamente vemos en Mr. Garberon lo que frecuentemente acontece.

De una edad bastante avanzada se vé lejos de su patria, en donde tal vez no fueron apreciados los trabajos, fruto de su raro ingenio.

X.

El cuartel de artillería. El Bardo. Comida en casa el Sr. Navarro.

Como no hemos seguido un órden regular en la visita de establecimientos en Túnez y el régimen de vida que llevábamos en nuestro alojamiento de la Goleta, era muy compatible con las costumbres españolas; no me detendré en relatar el diario de la comision durante su permanencia en aquellas regiones, sujetándome solo á narrar lo que me haya impresionado mas notablemente, procurando asi no agravar la pesadéz de estos incoherentes capítulos.

El dia 24 debíamos pasarlo en Túnez.

Teníamos que distribuirle en ver el cuartel de artillería, el Bardo y por la tarde asistir á comer en la Legacion española.

Al amanecer, el Sr. Sanchiz *tocó diana* haciéndonos dejar los atractivos de la cama.

Los carruages nos esperaban en la puerta de casa y era menester ser diligentes.

Tomamos café, y media hora despues recorriamos la orilla del *Bogasa*.

Eran las cuatro de la mañana.

Una ligera neblina cubria la superficie de las aguas.

La antigua *Zahara* parecía suspendida y edificada sobre una nube.

Los minaretes que sobresalian entre los edificios de la ciudad, se entreveían formando un golpe de vista grotesco.

El sol resplandeciente en el Oriente convertía en un polvo dorado los vapores del alba.

La Goleta parecía de fuego, y este magnífico panorama brillaba en una atmósfera deslumbradora.

La brisa matutinal barrió la bruma que cual blanco sudario envolvía á la aurora.

Llegamos á Túnez, en donde recogimos á los señores Navarro y Sicsú; y á las nueve estábamos en el cuartel de artillería que está situado en la mitad del camino que conduce al Bardo.

El capitán general nos esperaba en aquel acantonamiento.

Penetramos por una puerta arqueada y nos encontramos en un vasto patio en el que había un sinnúmero de cañones montados y sin montar.

Acompañados del general y dos ceroneles entramos en el depósito de pertrechos.

En este almacén vimos además de gran cantidad de barriles de pólvora y cajas de proyectiles, muchos arneses y algunas piezas de artillería de montaña, en perfecto estado de conservación. Pasamos despues á la ropería y de allí á la armería que ocupa la parte principal del edificio.

Un doble graderío conduce hasta su entrada.

Indudablemente es el mejor local del establecimiento.

La simetría, la elegancia con que están colocadas las armas y el cuidado en conservar el material en excelente estado, así como la disciplina que se nota en todo el cuartel, dan una idea muy elevada del conocimiento y táctica del capitán general y director del arma.

De la armería nos dirigimos á las cámaras.

Los soldados vestían de gala y estaban de pie sobre el entarimado.

Cuando entramos nos saludaron con arreglo á su ordenanza, esto es, colocando la mano derecha sobre su pecho, besándola y llevándola á la cabeza finalmente.

Este saludo oriental se repitió á nuestra salida.

El egército tunecino viste como los zuavos franceses.

Salimos de las cámaras y una escalera de mampostería nos guió á un elegante pabellón en el que se nos tenía preparado un refresco al estilo árabe.

Había dulces, repostería y variedad de colores y sabores en los refrescos.

El general brindó por S. M. la Reina y por el egército español y se le correspondió á esta galantería con otras de igual género.

En tanto duró el refresco, la banda de música del cuerpo, tocaba en un patio contiguo.

Quedamos sumamente complacidos de la bondad del general y continuamos nuestro viage al *Bardo*.

Un camino poblado de árboles, conduce á este palacio.

El aspecto exterior del *Bardo* es agradable.

Sus paredes están pintadas de colorado y el conjunto del edificio, de construcción moderna, tiene de palacio y de fortaleza.

Está cercado por un muro y un profundo foso.

Siguiendo una larga calle de pórticos de granito, pintados de blanco y negro, llegamos á un patio claustal, en cuyo centro hay una bonita fuente de jaspe.

Una anchurosa escalera de mármol, llamada de los leones (por los muchos de piedra que la guarnecen) *bil-el-coursi*, facilita la llegada al suntuoso salón del trono.

Esta espaciosa pieza cuadrangular, recibe la luz por ocho desahogados balcones, abiertos en la parte del E.

Laterales á los balcones se ostentan en el salón ocho magníficos retratos, de tamaño natural, pertenecientes á soberanos de Europa.

En los espacios que dejan francos en la pared dichos retratos y balcones, hay colocadas diez y seis doradas consolas con sus correspondientes espejos de colosales dimensiones.

La tapicería es de seda de color de plata.

El trono está formado por un dosel del mismo color, y á sus lados descansan sobre dos pies dorados dos jarrones de China de un gusto y un tamaño notables.

El pavimento es de mármol blanco.

El techo está decorado por un artesonado de espejos y pinturas de escaso mérito.

Tres vistosas lucernas de cristal y bronce completan el régio adorno de este salon.

El *Bardo* es una variada mezcla de construcciones que denotan la ausencia de un plan combinado.

Hay sin embargo habitaciones incontestablemente bellas en conjunto, pero la vista se encuentra continuamente ofendida por una miscelánea de riquezas y de tosquedad, de elegancia y de pobreza, contrastes que caracterizan en general á todos los palacios musulmanes.

El Bardo á pesar de lo dicho encierra todas las comodidades apetecibles y está situado en un hermoso valle.

S. A. el bey habita el Bardo desde el mes de Noviembre al de Mayo de cada año, pasando el resto de tiempo en el palacio de la Goleta.

De vuelta en Túnez almorzamos en una fonda francesa, en la cual conocimos á cinco elegantísimas *demoiselles*, hijas del *maitre d'hotel*.

Una siesta pacífica se ocupó de nosotros hasta la hora de la comida que nos entretuvo hasta las dos de la madrugada.

Fué un obsequio digno del buen gusto del Sr. Navarro y señora y del que guardaremos el mas grato de los recuerdos.

Al final de la comida hubo profusion de brindis, terminando tan brillante fiesta con un agradable *soirée* que se prolongó hasta la hora indicada, que nos retiramos á la fonda francesa en donde encontramos el tranquilo descanso que necesitaba nuestro cansancio.

XI.

Té en casa Benani. Soirée árabe.

La mañana del día siguiente la invertimos haciendo algunas compras.

Con este motivo recorrimos la ciudad en las horas de mercado, pues en Túnez á las once de la mañana se cierran todas las tiendas y queda la poblacion sombría y desanimada.

Las alhajas se subastan por las calles adjudicándose al mejor postor si los ofrecimientos satisfacen los deseos del dueño.

La rotulacion de calles y numeracion de casas es desconocida en Túnez; esto sume al viajero en un caos, del que le es imposible salir sin la obligada guia de los genizaros.

Nosotros nombrábamos las calles por analogía con los edificios ó tiendas de que se componian.

Generalmente las tiendas están reunidas por clasificacion, asi es que habia calle de las *schichas*, de los sastres, de los zapateros, de las esencias, de las carnicerías, de los armeros, etc., etc., etc.

Despues de almorzar en la fonda nos dirigimos á

casa *Sidi Benani*, general jefe de los marroquíes residentes en la Tunecia.

Este señor nos habia invitado á tomar un té á la usanza árabe.

Sidi Benani es un simpático moro viejo.

Su turbante blanco como la nieve, coronaba un respetable semblante orlado de una fina barba que aventajaba en blancura á la del ornamento de su cabeza.

Sus ojos eran espresivos y su mirada inteligente; cubria su cuerpo una larga *batania* carmesí, que ocultaba mal un petillo primorosamente bordado de oro.

Sidi nos recibió en la puerta de su magnífica casa, acompañado de un *Cheriff* compatriota suyo.

Un mameluco nos roció la cara con fresca agua de rosas, á favor de una *brescha* de plata dorada.

La *brescha* es como una botella de cuello largo, provista de un tapon abujereado para favorecer la aspersión.

Ascendimos una marmórea escalera.

Un bonito patio de chapadas paredes de azulejos barnizados formaba la antesala.

En un saloncito amueblado con anchos divanes orientales y ricos muebles de caoba con incrustaciones de plata y nácar, habia preparadas dos mesas, sobre las que se veian profusion de dulces colocados en azafates de plata de mucho valor y gusto.

Dos pebeteros, ardian sobre una cómoda, impregnando la atmósfera de los mas delicados perfumes.

El general era muy fino y nos trató con mucha deferencia.

El té fué hecho á presencia nuestra , y servido en preciosos pocillos de china, de todos colores y dibujos.

Siguiendo la etiqueta de los moros, nos vimos en el caso de apurar tres tazas de aquella infusion.

Por medio de nuestro estimado amigo el Sr. Azancot, tuvimos el placer de conversar con *Sidi-Benani* que ponía en práctica para complacernos , cuanto estaba á su alcance.

Nos retiramos satisfechos de la finura del general, y de la distincion con que nos trató. ¡Brillante resultado de nuestra gloriosa campaña!

Otro de los acontecimientos dignos de figurar en primera linea en estas páginas, fué el obsequio que nos dispensó el Sr. Enriquez, israelita protegido español.

Este consistió en una tertulia al estilo del pais.

El interior de la casa del Sr. Enriquez , si bien no era completamente oriental en su decorado , ofrecia una mezcla de gustos en sus adminículos que producía un raro efecto.

Asi es que me estrañaba ver junto á la elegante consola, los cómodos cogines de cachemira y pendiente de un arco arabesco una lámpara veneciana.

Las señoras de la casa vestían riquísimos trages de oro y seda de color de rosa , ostentando joyas de crecido valor.

La sala estaba llena de gente.

En uno de los ángulos y sentados en el suelo estaban los músicos y cantores.

La orquesta la componian dos laudes, un violin, una pandereta y un tamboril de arcilla.

Una de las cantantes, Raquel, usaba un precioso traje de brocado de oro y grana.

El ambiente perfumado que allí se respiraba, los estraños acordes de una música nueva, la diversidad y magnificencia de costumbres y atavíos, trastornaban nuestras cabezas y las hacian soñar con el encantado palacio de Atabalipa.

Allí vimos bailar una danza árabe con la voluptuosidad de una hada á la simpática Raquel, cuya voz regulara á nuestros oidos momentos antes dulces sonidos de estraña entonacion.

Llamó particularmente mi atencion un requisito que segun ellos es indispensable para cantar con afinacion.

Las cantatrices tenian á su lado una botella con aguardiente y un plato con aceitunas.

Las señoras cambiaron de traje á la mitad de la fiesta trocando los de color de rosa por otros plata y azules, no menos deslumbradores.

Hubo muchos refrescos y agradecimos con el alma el obsequio del Sr. Enriquez.

El Sr. D. Teodoro Montes, español establecido en Túnez, tambien nos convidó á comer un dia, quedando sumamente complacidos de la amabilidad de este señor.

En fin, fuera prolijo enumerar los testimonios de afecto que recibimos de todos con quienes tuvimos el gusto de tratar y cuyo recuerdo no se borrará nunca de nuestra memoria.

XII.

Los consulados extranjeros en la Tunecia.

El empuje que en el Oriente dieron al comercio las cruzadas, fué causa de que muchos italianos provenzales y catalanes siguiesen paso á paso las conquistas de las armas cristianas, estableciendo sociedades mercantiles é instituyendo *oficiales de Ultramar* que defendiesen los intereses de aquellas.

Los genoveses, los pisanos y los venecianos el año 1230 fueron los primeros en abrir negociaciones con el reino de Túnez cuyo trono ocupaba *Abd-Allah-Boucoras*.

Diez años mas tarde la república de Génova presentó tratados mas ventajosos, que fueron aceptados por el rey *Abou--abd--Allah--Mohammed-el-Mostan- cer* (Boabdil) príncipe de la dinastía Hafsita.

En 1270 Felipe *El Valiente*, rey de Francia, firmó tambien convenios con los príncipes africanos.

Los franceses é italianos aprovecharon estos tratados comerciales para negociar con todos los puertos de levante.

Las vejaciones é iniquidades de todos géneros, que algunos pueblos de Oriente, ciegos por el fanatismo hacian sufrir á todos los que no estaban conformes con el islamismo, reclamó una medida protectora que realizó el establecimiento de consulados.

Los oficiales consulares eran nombrados entonces por las corporaciones ó ciudades que traficaban con los musulmanes, pero en el siglo XVI los soberanos se reservaron este derecho á fin de dar á sus delegados la importancia moral, necesaria en los casos de difícil transaccion, haciéndoles representantes de toda su nacion.

Las atribuciones de los agentes del gobierno, asi como sus poderes, son precisados desde aquella época por sus credenciales ó diplomas en virtud de cuyos documentos los funcionarios entran en el desempeño de sus cargos despues de haber obtenido el *exequatur* del príncipe en los Estados donde fuere destinado.

En Túnez la patente de S. A. el bey se llama *amresserah* que significa carta de autorizacion.

En razon á la importancia que la institucion consular tomó en el Oriente, S. A. concede á los cónsules extranjeros las prerogativas siguientes:

de Gefes y protectores de sus nacionales.

Inspectores y protectores de la Iglesia y de todo lo concerniente al culto Divino.

Jueces.

Oficiales civiles.

Notarios.

Jueces de paz.

Administradores.

Magistrados.

Agentes políticos.

Los cónsules componen en Túnez el consejo sanitario fundado en 1835 por Mustafá-bey.

La jurisprudencia consular es en Túnez necesariamente diferente de la de los países católicos y sus poderes mas amplios.

Los tratados de paz y de amistad, de comercio y de navegacion, concluidos entre los gobiernos estrangeros y el tunecino, así como el código civil y criminal del reino de Túnez garantizan la inviolabilidad del cónsul, de sus dependientes y familias; y la morada de aquel es un asilo sagrado en donde no se pueden prender á las personas que en ella se refugien; debiendo el cónsul ponerle á disposicion de la autoridad local si el refugiado fuese súbdito tunecino.

El código citado concede á los representantes estrangeros inmunidad absoluta de toda clase de impuestos y derechos.

Son considerados como generales de division y gozan de los privilegios y honores debidos al rango de aquellos.

Una constitucion basada en los principios mas liberales y perfectamente dignos del interés del gobierno, aseguran á los estrangeros residentes en la Tunecia los

mismos derechos y goces concedidos á los naturales del pais.

Pacto fundamental que coloca á Túnez en el primer lugar de las naciones africanas y prueba su asidua marcha por la via del progreso y la civilizacion de nuestro siglo.

Esta gran obra política, que garantiza indistintamente á todos los habitantes de la regencia la seguridad de sus personas y bienes, una libertad feliz, igualdad perfecta ante la ley, el derecho de adquirir y poseer y otros muchos principios liberales, se efectuó sin otra presion que los sábios consejos de algunos representantes de las grandes potencias.

La constitucion hoy vigente no se puede poner en práctica sin las dificultades naturales en un pais, acostumbrado siglos há á un orden de cosas contrarias á las prescripciones de esta obra regeneradora.

Sin embargo, el pueblo tunecino comprende ya los beneficios materiales y políticos que le reserva esta ley bienhechora.

Hamoud-Bachá-Bey, fué quien formó los cimientos de este edificio, conquistando la independenciam de sus súbditos, arrancando de raiz el yugo que les impusieran las continuas guerras civiles que fueron por largo tiempo el azote de la regencia.

Hoy S. A. Essadac-Bey ha concluido el edificio político que comenzaran sus antepasados estableciendo los derechos de su pueblo por una obra grandiosa en prin-

cipios y el día que el progreso haya vencido á la rutina, y la constitucion brille con todo su fulgor, las generaciones tunecinas futuras rendirán homenaje de reconocimiento y admiracion al nombre de su sábio regenerador.

XIII.

La regencia tunecina. Noticias generales.

La Tunecia está situada del Norte al Sur entre los 5.º y 9.º grados de longitud.

Ocupa un territorio de 200,000 metros cuadrados dividido en cuatro regiones separadas por las dos grandes cordilleras atlánticas.

La temperatura máxima es de 38 grados del termómetro Reamur, siendo la ordinaria durante el verano un calor de 26 á 33 grados. La mínima es de 3 á 4 grados sobre 0 en invierno y en la hora de mas frio.

La poblacion total de la regencia asciende á dos millones quinientas mil almas, que pueden subdividirse en 2.426,000 moros, beduinos y negros: 40,000 hebreos y 34,000 súbditos extranjeros.

Estos últimos los componen 13,000 italianos, 9,000 franceses (comprendiendo un gran número de árabes argelinos) 9,000 ingleses (la mayor parte malteses) y 3,000 súbditos y protegidos de diversas naciones.

La unidad monetaria en Túnez es la piastra que equivale á 2 rs. 375 mils.

Hay monedas acuñadas de oro, plata y cobre.

La renta actual del Estado se eleva á 38 millones de piastras en los años de buenas cosechas (1).

Las pesas y medidas usadas en la regencia, son:

El *cantar*, el *metar*, la *kolla*, el *kafisa*, el *metical*, la *libra* y el *dráa*.

Un cantar (peso de lanas) = 112 quintal.

Un metar (medida de aceite) = 19 77 litros.

Una kolla (medida para líquidos) = 16 litros.

Un kafisa (medida de capacidad) = 405 kilogramos.

La kafisa se divide en 16 *ouibas*: la *ouiba* en 12 *sáa*.

El metical sirve para pesar los metales preciosos, perlas, coral y las esencias.

Cien meticales = 15 onzas.

Una libra = 16 onzas.

Un dráa (medida de longitud) 472 centímetros.

El idioma que se habla en la Tunecia, es el malometano puro, igual al en que está escrito el Corán, circunstancia por la cual se cree es el mas castizo de todos los demás dialectos árabes.

Hay en Túnez imprentas, y se publica un diario oficial en el cual apareció en un bien redactado artículo, la descripción del regalo de S. M. la Reina.

Hay tambien una escuela politécnica en la cual

(1) Puede contarse con la exactitud de este cálculo, que como los precedentes debo á la ilustracion del Sr. Cónsul general de Suecia, mi apreciable amigo Mr. Tulin.

se enseña el Corán y algunas nociones de matemáticas.

El gobierno es monárquico-constitucional.

La sucesion al poder es hereditaria entre los príncipes de la familia Husseinita, no por orden de primogenitura en la descendencia del soberano, sino por rango de edad entre todos los miembros directos ó colaterales de la familia reinante. El heredero actual es el príncipe *Sidi-All*, hermano de S. A. el bey.

El ejército lo componen 18,000 hombres de tropa regular ó uniformada y 40,000 de infantería y caballería irregular.

Su armada naval (como ya hemos dicho en otra parte) consta de trece vapores, teniendo además en el arsenal de la Goleta, dos fragatas, dos bergantines, un vapor y algunas embarcaciones menores: todo esto último en no muy buen estado.

Hay en Túnez una mision protestante, un templo griego, una iglesia católica romana y un convento de hermanos.

La mision católica, compuesta de trece religiosos de la orden de capuchinos, está presidida por monseñor Fidel Sutter, y tiene erigida la iglesia en el mismo lugar en donde pasó su cautiverio la insigne lumbrera de la caridad el venerable y santo Vicente de Paul.

Los árabes de Túnez son tolerantes y citaré como magnífica prueba la proteccion que S. A. el bey presta á los misioneros católicos.

Hay tambien en Túnez notarios públicos, que son

los que entienden y legalizan toda clase de contratos.

El matrimonio es civil, sancionándolo despues con una corta ceremonia segun el rito mahometano.

El musulman casi nunca se casa por sentimiento; unido á sus mugeres por tratos hechos entre las familias las mira indiferente.

En cuanto á costumbres, hábitos y religion sabida es la divergencia que existe entre las suyas y las nuestras.

Un árabe, decia: «Poned á un cristiano y á un musulman en la misma marmita; hacedles hervir durante tres dias y tendreis despues dos caldos separados.»

Efectivamente, entre los árabes y nosotros todo es contraste.

El Evangelio prohíbe verter sangre humana.

El Corán manda á sus sectarios que maten el mayor número de enemigos posible.

Jesus nos promete un paraíso espiritual.

Mahoma promete á sus secuaces un paraíso sensual.

Vice-versa de nosotros, dicen los árabes que es menester tener la cabeza caliente y los pies frescos.

Nosotros escribimos de izquierda á derecha.

Los árabes escriben de derecha á izquierda.

Nuestros vestidos son ajustados.

Los suyos anchos y flotantes.

Nosotros nos casamos lo mas tarde posible.

Ellos se casan tan pronto como pueden.

Nuestras mugeres tienen completa libertad y llevan la cara descubierta.

Las tuyas pasan toda su vida prisioneras en sus casas y si alguna vez salen van completamente cubiertas.

Nosotros somos alegres.

Los árabes son graves.

Nosotros bebemos vino.

Los árabes lo tienen prohibido.

Nuestro ayuno es ligero y soportable.

El suyo áustero. Desde el amanecer hasta la noche el árabe no puede ni beber ni comer ni fumar.

Nosotros encerramos á los locos y frecuentemente producen nuestra risa y son objeto de burla.

El árabe los deja libres y los tiene como santos.

Nosotros somos familiares con nuestros padres.

El árabe guarda á sus parientes mayores un profundo respeto: no puede ni sentarse, ni fumar ni hablar sin permiso delante de su padre.

Nos gustan los viages de fantasía.

El árabe no viaja si no cuando le ha de proporcionar su viage utilidad positiva.

Nuestro modo de administrar justicia es lento y lleno de formalidades.

El suyo es simple y activísimo.

Tres veces á la semana se reúne el tribunal presidido por S. A. en su casa-palacio, allí en un momento

se oyen las quejas, se estienden los autos y un instante despues se egecuta la sentencia.

Nosotros hablamos mucho y frecuentemente todos á la vez.

El árabe habla poco y escucha con mucha atencion á quien tiene la palabra.

Nosotros tenemos la palabra viva y acompañada de gestos.

Ellos hablan grave, lentamente y sin el menor gesto: diríase que cuentan sus palabras.

Nosotros amamos á nuestras hijas como á nuestros hijos.

Las hijas son completamente indiferentes para los árabes.

Nos inquietamos de todo, y somos curiosos, ávidos de noticias.

Ellos no se inquietan de nada y todo lo que no concierne á su tribu les es indiferente.

Nosotros somos providenciales.

El árabe es fatalista. En su desgracia esclama: Hakun-Erbi: «Dios lo ha querido.»

Esta frialdad de espíritu que nosotros hemos tenido ocasion de observar, es digna de llamar la atencion.

En todos los entierros que hemos presenciado, hemos notado un numeroso concurso detrás del féretro murmurando la frase que subrayo.

Vimos el de un oficial de infantería.

El cadáver, envuelto en una bandera tunecina es-

taba colocado sobre una camilla y era conducido por cuatro soldados que se relevaban á cada instante segun lo prescribe el Corán; le seguian en desórden algunos soldados y parientes.

El cementerio está situado estramuros y sin cercado alguno.

En medio de costumbres tan estravagantes preciso es confesar que acompañan á todas las acciones de los árabes un tinte de gravedad que impresiona frecuentemente.

Recuerdo que el corregidor de Túnez nos dijo que no podia presentarnos á su padre porque habia ido al campo á dar su bendicion al hijo mayor que partia para la guerra.

Esta sensacion trae á mi memoria otra que hizo asomar á nuestros ojos lágrimas de placer; refiérome á una limosna que por *Jesús hijo de María* nos pidieron dos árabes en una de las tortuosas calles de la capital.

XIV.

Monumentos en la Tunecia.

Los alrededores de Túnez son pintorescos y pocos países hay tan fértiles en recuerdos históricos, como el territorio que ocupa la regencia.

Al S. E. de la Goleta se eleva magestuoso el *Bou-Kerniin*, monte célebre por sus manantiales de aguas sulfurosas y ferruginosas.

En la falda del *Bou-Kerniin* y en anfiteatro hay un palacio y un establecimiento de baños conocidos con el nombre de *Hammam-Lif*.

Entre el citado monte y el *Bahira* se halla situado *Rhadex*, pueblo reputado santo y que es el antiguo *Adis*, famoso por la victoria que en él consiguieron 255 años antes de J. C. los romanos, acaudillados por Régulo contra los cartagineses capitaneados por Hanno.

Es materialmente imposible recorrer la Tunecia sin tropezar á cada paso con desmoronados monumentos que recuerden los tiempos de las púnicas.

Citaré varias ciudades que aun subsisten hoy y que presenciaron aquellos grandes hechos de armas ocasionados casi siempre por la ambicion de sus antiguos pobladores.

Al N. de Túnez, *Bizerta* la antigua *Hippo-Zaryto* ó *Diarrhyto*, vulgarmente *Hipona-Zaryto*, puerto de mar y residencia de agentes consulares extranjeros.

El-Gem, antiguamente *Tysdrus*, en la cual se conservan imponentes los restos de un coliseo oval que media 429 pies de largo sobre 368 de ancho y que segun todas las probabilidades fué construido por los Gordianos, primeros emperadores de *Tysdrus*.

Gabes: la *Tacapa* de los romanos, puerto de mar situado en el seno del golfo de *Sirta* y cercana á los famosos manantiales de aguas minerales conocidos por los romanos con el nombre de *aqua tacapinæ*.

Hamâmet; la *Siagitana* romana.

Hergla; la antigua *Horrea-Cælia*, que produce excelentes aceites de olivas.

Kef, antiguamente *Sicca-Venerca*, ciudad fortificada y en cuyas cercanías tuvo lugar 202 años antes de J. C. la célebre batalla de Zama, entre las legiones de Escipion y Anibal, victoria que decidió de la suerte de Cartago.

Kairouan, ciudad santa fundada el año 670 de nuestra era, por Okhaben-Nafi, el Conquistador, y concluida cinco años despues.

Esta ciudad de 25,000 habitantes fué durante mucho tiempo la capital occidental del islamismo, y debe su reputacion de santa á conservarse en ella los despojos de *Sidi-Bou-Zemhât-el-Balaoui* favorito y barbero de Mahoma.

Monestir la *Ruspina* de los romanos, ciudad fortificada y de 9,000 habitantes.

Mehdia ó *Africa*, que se supone es la *Turris-Hannibalis* de los antiguos á cuya ciudad se retiró Aníbal.

Cercano á ella está el sitio que ocupó *Thapsus*, ciudad de la *Bizancena*, célebre por la victoria decisiva que allí alcanzó Júlio César, 47 años antes de J. C., contra Catón de Utica, Petreyo y Juba.

Porto-Farina en árabe *Ghar-el-Melh* (la gruta de sal) puerto de mar fundado en 1639 por *Ousta-Mourad-Dei*, y compuesta su primera población de los moros espulsados de Andalucía.

Sfax, la antigua *Thebena*, puerto de mar.

Susa, antiguamente *Adrumentum*.

Soliman, situado á poca distancia del mar y fundado el año 1593 por los moros proscritos de España por Felipe II.

Aklib, la antigua *Clipea*, célebre por la heroica resistencia que hizo 148 años antes de J. C. á los romanos mandados por *Calpurnio-Pison*.

Sidi-Boud-Said, gran población edificada en la falda de la colina de cabo Cartago.

Segun Virgilio, en la playa de esta población fué arrojado por las tempestades *Enneas*, y pidió socorro á la princesa *Dido*.

Testour, la antigua *Colonia-Bisica-Lucana*.

Tuburba, la antigua *Tub-Urbo*; ciudad bañada por el río *Midjerda*, segun los romanos el *Bagrada*,

á cuyas orillas mató *Escipion* la famosa serpiente.

Zaghouan, gran ciudad fundada en 1597 por los moros arrojados de España por Felipe II.

En esta ciudad, situada á 50 kilómetros de Túnez, en la montaña que lleva su nombre son de admirar los restos de un templo antiguo, rodeado de esbeltos arcos y provisto de varios nichos cuyas cavidades contenian estátuas de las divinidades protectoras, de un manantial de cristalina y excelente agua que brota del pié de la montaña.

Esta fuente abastecia á Cartago á cuyas cisternas corria por un colosal acueducto de noventa y cinco pies de elevacion.

Esta magnífica obra cuya construccion unos atribuyen á los cartagineses y otros á los romanos, fué destruida por Gelimero, rey de los vándalos. Reedificada mas tarde por Belisario, subsistió hasta la invasion española que la arrasó completamente.

Durante tres siglos ha corrido el agua del monte *Zaghouan* perdiéndose en innumerables arroyuelos. Hoy S. A. *Essadac-bey* cuyo único afan es el bien de su pais, ha restituido á Túnez beneficio de tanto interés y ha dotado la ciudad y la *Goleta* de varias fuentes que reciben su alimento del manantial indicado, por medio de una cañería férrea de considerable estension.

Son de importancia en la regencia tunecina tambien, ya por sus producciones vegetales, minerales ó industriales, las ciudades siguientes:

Bagia, uno de los principales graneros del reino.

Galipia ó *Klibia*, puerto de mar.

Gerid, que produce ricos dátiles, *henna* y salitre.

En esta ciudad se confeccionan preciosos *haiks* de lana y magníficos tapices.

Habel, ciudad famosa por sus vagillas de barro.

Tabarca, península que pertenecía á la familia Lomellini de Génova. La pesca de coral, que se hace en sus costas fué cedida á la Francia por convenciones especiales, el 24 de Octubre de 1832.

Y otras muchas poblaciones cuyas fértiles vegas producen abundantes cereales, frutas, aceites, corchos, resinas y maderas de todas clases.

Los artículos principales que constituyen la exportacion de Túnez, son sobre todo aceites, cereales, lanas y frutas.

Los que se pueden importar con probabilidades de encontrar buena acogida, son: tegidos, sedas, droguerías, algodonería, géneros coloniales y vinos.

Mi apreciable amigo el Excmo. Sr. Marqués de Cruilles publicó en el núm. 44 de la *Agricultura valenciana* un artículo interesante al comercio en general y en particular al de la regencia. Con tanto acierto como modestia, dicho señor relata, enumera y analiza las producciones naturales é industriales de la Tunecia y señala específicamente los artículos que pueden obtener cambios ventajosos en nuestro país.

XV.

Cartago y Roma. Régulo.

Ahora me permitirá el lector retroceder treinta y siete siglos para recordarle lo que fué la célebre ciudad cuyas ruinas describiremos luego.

En donde no hay honor no cabe la gloria.

Sin la santidad de la causa es imposible alcanzar la celebridad.

Nada importa que poderosas flotas cartaginesas se apoderen de los mares y hayan desembarcado y conquistado la Córcega, la Sicilia, la Cerdeña y la Bética. Nada importa que durante los 24 años que duró la primera guerra púnica Hieron y Anibal, Amilcar ó Magon hayan sacrificado millares de víctimas, si las han sacrificado á su ambicion desmedida.

«Los hombres (dice Chateaubriand) á pesar de sus preocupaciones, aprecian tanto la nobleza de sentimientos que al paso que nadie se acuerda de los ochenta mil cartagineses degollados en los campos de la Sicilia, todo el mundo se ocupa de los trescientos espartanos muertos por obedecer las santas leyes de su pais.»

Desde la fundacion de Cartago debida á uno de esos acontecimientos trágicos que marcan la desventura

de los pueblos, vemos á sus moradores empeñados en guerras vergonzosas.

Sin embargo, el poder cartaginés dueño de los mares y de un estenso litoral y heredero de la civilización fenicia, llegó á ser el centro de las naciones, el eje del globo.

El Africa habia dominado al mundo y Cartago era el sol radiante de las artes de Oriente; era una sociedad completamente acabada y en cuya formacion no habian faltado ni el tiempo, ni el trabajo, ni los hombres. En fin, la metrópoli africana habia llegado á la cumbre de su apogeo y debia bajar precisamente.

La civilización habia crecido tambien en Grecia y desarrollado de tal modo, que produjo un pueblo capaz de luchar contra las irrupciones asiáticas, contra las reclamaciones altivas de la cuna del género humano.

Pero este pueblo no supo propagar el fuego sagrado, cualquiera que fueron sus hazañas defendiéndole.

Falto de unidad y dividido en pequeñas repúblicas, encontrábanse en su territorio todas las formas de gobierno democrático, oligárquico, aristocrático y monárquico.

Aquí enervada por artes precoces, allí ligada por estrictas leyes, la sociedad helénica tenia mas hermosura que poder, mas elegancia que grandeza. La civilización griega se habia pulido sin fortificarse.

Era otro pueblo el que comprendiendo mejor sus intereses debia levantarse gigante para poner raya á

las torturas cartaginesas y hacer vacilar y hacer caer del trono del Orbe á la ciudad de Dido para ocupar su puesto.

La antorcha santa brillante en lo alto del Capitolio repartía rayos inesperados.

Roma, parecida al águila altanera, su símbolo formidable habia probado sus alas, las habia estendido y tendiendo su impetuoso vuelo se detuvo sobre la reina del Universo, sobre Cartago.

Roma no tenia nada. Su fortuna y celebridad estaban por hacer.

Por algun tiempo las dos ciudades guardaron un silencio significativo. Una brillando en su grandeza y la otra surgiendo y desarrollándose entre las sombras, permanecian frente á frente, respetándose en actitud amenazadora, terrible, como la que guardan dos leones antes de luchar.

El vaticinio de Pirro al embarcarse para Tarento debia cumplirse y los hermosos campos de la Sicilia debian prestarse á ser teatro de las sangrientas escenas de guerra entre romanos y cartagineses.

Cartago importunaba á Roma y Roma, rompiendo las hostilidades, refrenaba los desmanes cometidos por sus adversarios en Mesina 268 años antes de J. C.

La historia no guarda memoria de peleas habidas entre dos pueblos mas belicosos y en las cuales mayor fuerza y energía se desplegase.

Era el imperio del mundo lo que estas dos naciones

se disputaban en los estrechos campos de la Trinacria.

Cartago contaba para la lucha con formidables armadas y cuantiosas riquezas. La ciudad de los Césares tenía en su favor la fuerza y union de su gobierno y pueblo virtuosos y la disciplina de sus egércitos nacionales.

La balanza de Astrea se inclinó hácia la parte de la razon y los romanos, al mando de Régulo, arribaron al promontorio Hermeo y se apoderaron de Clipea.

Los cartagineses, con esta pérdida, la de su armada en Ecnomo y las continuas derrotas que habian sufrido durante nueve años de cruda guerra, estaban consternados y temian sucediese á aquellas la ruina de Cartago; pero los romanos pasaron mucho tiempo fortificando su ciudad conquistada y esperando órdenes del Senado al cual Régulo habia enviado un mensaje renunciando al mando glorioso de la legion invasora.

Este magnífico egemplo de virtud y de desprecio de las miserias mundanas hace prorumpir á los antiguos historiadores en alabanzas hácia el ilustre general.

En efecto, el hombre que pretende eclipsar con su humildad la magnitud colosal de su gloria, no pertenece al mundo, no es hombre, es un semi-dios.

Aquel guerrero virtuoso esponia á la República, que era preciso se nombrase otro que le sucediese en el mando del egército, pues que el administrador de las siete yugadas de tierra que poseia en Pupinias habia muerto y su criado se habia fugado robándole

sus aperos y bestias de labranza, por lo que, si las tierras no se cultivaban no tendria ya con que mantener á su muger y á su hija.

¡Rasgo sublime de virtud santa!

La pobreza de Régulo será en todos tiempos objeto de veneracion.

El Senado presidido por los cónsules Servio Fulvio y Marco Emelio decretó se diese en arrendamiento el campo de Régulo, se sustituyesen por otros los efectos robados y que la manutencion de su esposa y de sus hijos fuese pagada tambien de los fondos del Estado.

El intrépido procónsul en vista de esta disposicion continuó, á su pesar, acaudillando á los romanos que siguieron el curso de sus victorias hasta Túnez, cuya ciudad fué el premio del glorioso triunfo alcanzado en la batalla de Adis.

Atemorizados los púnicos con tanto desastre, y los escesos que por todos lados cometian sus antiguos enemigos los númeridas, solicitaron la paz, pero el general romano les impuso durísimas condiciones que zahiriendo el orgullo de los cartagineses, decidieron apurar todos los recursos antes que sujetarse á una esclavitud ignominiosa é insoportable.

Otro hombre extraordinario aparecia entonces en la escena africana.

Un Lacedemonio llamado Xantipo propaló que la incapacidad de los generales cartagineses era la causa de las derrotas que venian sufriendo.

Llegada esta noticia á oídos de los senadores se mandó comparecer al soldado mercenario, el cual se presentó y justificó claramente la voz que habia divulgado, añadiendo que si querian seguir sus consejos él respondía no solamente de su buen éxito sino que tambien de la salvacion de Cartago.

La elocuencia persuasiva de aquel hombre de guerra, inspiró tal confianza á los generales cartagineses que no vacilaron en conferirle el mando de sus egércitos, los cuales guiados por las sábias maniobras de Xantipo alcanzaron una completa victoria derrotando á las huestes enemigas, capturando al mismo Régulo y libertando á Cartago de una ruina casi cierta.

El Lacedemonio desapareció despues de este triunfo, y no está probado que sus favorecidos sintiendo una baja envidia por la gloria que habia alcanzado el célebre estrangero, le hiciesen perecer traidoramente en el camino de Grecia como refieren Apiano y Zonaras.

Este último historiador de acuerdo con Polibio, dice que los romanos evacuaron á Clipea un año despues y Eutropio dá la falta de víveres por motivo de este abandono.

Una legion cartaginesa al mando de Asdrubal pretendió reconquistar á Palermo que fué tomada por los romanos, pero el astuto Metelo, pro-cónsul de la Sicilia, les consiguió un completo triunfo en las afueras de aquella ciudad, apoderándose de todo el material

de guerra de los púnicos y dispersando ó haciendo prisioneros los pocos soldados que sobrevivieron á aquella catástrofe.

Viendo los cartagineses que la fortuna volvía á favorecer á los romanos, entablaron negociaciones de paz, á cuyo fin mandaron á Roma embajadores y con ellos á Régulo, juzgando que por esta intervencion alcanzarian condiciones mas ventajosas.

Llegados los mensajeros á Roma, Régulo se negó á entrar en la ciudad á causa de haber una ley que impedia á todo extranjero *introducir* en el Senado los embajadores de un pueblo enemigo.

La asamblea, pues, se reunió fuera de la poblacion, y Régulo, les dijo: «Los cartagineses, Padres Conscriptos, nos han enviado cerca de vosotros (por que tambien yo he venido á ser su esclavo por el derecho de guerra) y nos han encargado que pidamos la paz bajo condiciones que puedan ser convenientes para entrambos pueblos; ó que al menos insistamos en el cange de prisioneros.»

Se juzgará tal vez, por estas elocuentes palabras, que el ilustre prisionero abogaba por su libertad, por la vuelta á su patria al seno de su familia que le era tan querida; pero muy lejos de esto aquel hombre extraordinario cumplía con su deber como esclavo de los cartagineses á quienes consideraba sus señores.

Instado despues por los senadores para tomar parte en la deliberacion y con permiso de los emba-

jadores, escitó á los romanos á continuar la guerra.

Admirados los cónsules de la heroica virtud del noble general, deseaban salvarle, pero él con voz que redobló la admiracion de todos, les dirigió esta brillante contestacion que encierra un poema de patriotismo:

«Seguid mis consejos y olvidaos de Régulo: yo no permaneceria en Roma despues de haber sido el esclavo de Cartago, ni atraeria sobre vosotros la cólera de los dioses. He prometido á los enemigos que me pondria de nuevo en sus manos si desechabais la paz, y cumpliré mi juramento.

No se engaña á Júpiter con vanas espiaciones, la sangre de los toros y de las ovejas no es capáz de borrar una perfidia, y tarde ó temprano nunca queda sin castigo el sacrilegio.

No ignoro la suerte que me aguarda, mas un crimen mancillaria mi alma y el dolor solo podrá lastimar mi cuerpo. Por otra parte no hay mal alguno para quien sabe sobrellevarlo, porque si pasa de las fuerzas de la naturaleza la muerte nos liberta de él. No me compadezcáis, Padres Conscriptos; vuelvo á Cartago; cumplo mi deber y dejo obrar á los dioses.»

Aquella alma generosa se negó obstinadamente aun al cange de prisioneros; una palabra sola le hubiese librado de los horribles suplicios que pusieron fin á su gloriosa vida, pero él se sacrificó por su patria. Su corazon endurecido por el cumplimiento del deber fué

insensible al dolor de sus amigos, á las lágrimas de su esposa y de sus hijos.

Vuelto á Cartago aquel romano insigne, fué encerrado en una arca crizada por dentro de agudas puntas de hierro, en la cual sucumbió sin proferir una queja, y víctima de los dolores mas atroces y de la fatiga de un delirio perpétuo.

Despues de veinte y cuatro años de continuos descalabros ocasionados mutuamente por los dos egércitos enemigos, y despues de la para los romanos gloriosa batalla naval de las Egatas, los cartagineses solicitaron la paz que fué concluida por el cónsul Lutacio 242 años antes de J. C.

Asi terminó la guerra mas prolongada de que hacen mencion los anales de los tiempos y en la que tantas víctimas se inmolaron al deseo de dominar.

XVI.

Segunda guerra púnica. Anibal. Escipion.

Cartago habia quedado abatida despues de la batalla de las Egatas.

Roma, haciendo alarde de la fuerza y despreciando la fé jurada con su triunfo, le arrebatava la Córcega y la Cerdeña, precisamente en el momento mismo en que los cartagineses se veian mas asediados por los soldados mercenarios y los númidas que eran su azote.

La altiva africana por su parte, con la conquista de España hecha por Amilcar, adquiria poder bastante para castigar el perjurio de Roma, pero temia comprometerse en aquella empresa, y vacilaba, aun cuando Sagunto ofrecia una victoria fatídica y ensangrentada al héroe de la segunda guerra púnica.

Una embajada fué enviada á Africa á pedir en nombre de Roma satisfaccion, y una protesta sobre el triunfo de Anibal; pero los senadores cartagineses entusiasmados por las hazañas de su jóven general negaron una y otra á los enviados romanos.

Uno de estos entonces, recogiendo la falda de su toga, les dijo: «aquí traigo la paz ó la guerra, elegid:» «elije tú mismo» se le contestó; y entonces Fabio de-

jando caer su vestidura replicó: «os dejo la guerra» «la aceptamos, respondieron y sabremos sostenerla.»

Desde aquel instante solemne, terminó la paz entre las dos metrópolis rivales, despertándose los antiguos ódios, y Aníbal, dando rienda suelta al que hácia Roma habia concebido, reúne su egército en Cartagena, corre al templo de Hércules en Gades y parte de España despues á la cabeza de ochenta mil hombres, que confiaban como su caudillo vengar con la conquista de Italia las humillaciones que habian sufrido.

Aníbal atravesó el Ródano y el Druencia, y llegó al pié de los Alpes; deteniéndose allí á contemplar el gigantesco obstáculo que tenia que sobrepujar para alcanzar los laureles que ya veía en sueños.

Las fatigas y penalidades que costó al egército cartaginés el paso de aquellos montes formidables, cubiertos de nieve son imaginables. Por fin plantó su campamento en las márgenes del Tesino.

Este episodio que imitó Napoleon veinte siglos despues, causó treinta mil bajas á los púnicos.

Escipion, padre, fué quien proporcionó al general cartaginés los primeros laureles en el Tesino.

Enardecido con su fortuna, Aníbal vence despues á Sempronio en Trevia y á Flamínio á orillas del lago Trasimeno y ataca á Paulo Emilio y Varron en la célebre batalla de Canas.

El poder de Roma osciló en aquel campo en donde quedaron muertos mas de ochenta mil hombres, dos

cuestores, veinte y un tribunos de las legiones, ochenta senadores y uno de los cónsules, Paulo.

Chateaubriand reputa á Anibal como el primer capitán de la antigüedad.

Sin embargo, Anibal como hombre era frio, insensible hasta la crueldad, sanguinario y vengativo, un rastro de sangre le siguió hasta su derrota.

Como general era de carácter belicoso, inteligente, infatigable en los peligros, astuto, sábio y enérgico; reunia todas las cualidades que constituyen la superioridad de espíritu, pero le faltaban las dotes del corazón.

Otro génio surgia entonces y alcanzaba señalados triunfos en España: Escipion.

Este romano, sin tener los grandes rasgos de su rival poseia la magnanimidad de que aquel carecia; elemento, afable y moderado, sabia captarse los ánimos de sus soldados que dieron en España un golpe mortal á la dominacion cartaginesa.

El año 207 antes de J. C., los romanos, alentados por la suerte que comenzaba á ser adversa á los cartagineses, trasladaron el teatro de la guerra al territorio de Cartago, y despues de Valerio Levino y de Lelio, Escipion llegó al Africa y puso sitio á Utica, incendió los campamentos enemigos y aniquiló el ejército de Asdrubal en las *Grandes llanuras*, segun Polibio y se apoderó de Túnez.

Cinco años mas tarde los dos grandes guerreros

representantes de las dos potencias del mundo, se encontraban frente á frente en Zama.

Anibal habia presentido la inconstancia de la fortuna y trató de evitar este encuentro y proponer la paz, para lo cual tuvo una conferencia con el general romano.

«Los dioses quisieron ó Escipion, le dijo, que vuestro padre fuese el primer general enemigo á quien yo me presenté en Italia con las armas en la mano; y estos mismos dioses me mandan que venga hoy desarmado á pedir la paz á su hijo. Vos habeis visto á los cartagineses acampados á las puertas de Roma; y el bullicio de un campo romano se oye ahora en los muros de Cartago. Salido niño de mi patria, vuelvo á entrar en ella cargado de años; y una larga esperiencia de la próspera y adversa fortuna, me ha enseñado á juzgar de las cosas por la razon y no por el suceso. Vuestra juventud y la fortuna que no os ha abandonado todavía, os harian tal vez enemigo del reposo, porque en la prosperidad no se piensa en los reveses. Vos os hallais ahora en la edad que tenia yo en Canas y en Trasimeno. Mirad pues lo que he sido, y conoced por mi ejemplo la inconstancia de la suerte. El que os habla ahora como suplicante es aquel mismo Anibal que acampado entre el Tiber y el Teveron, dispuesto á dar el asalto á Roma, deliberaba sobre el destino que daria á vuestra patria. Yo he llevado el espanto á los campos de vuestros padres y me veo reducido á rogaros que eviteis tamañas desgracias á mi pais. No hay cosa mas incierta

que la suerte de las armas: un momento puede arrebataros vuestra gloria y vuestras esperanzas. Convenir en la paz, es quedar siendo vos mismo el árbitro de vuestro destino; pelear, es poner vuestra suerte en manos de los dioses.»

El deseo que tenía Escipion de medirse con su rival le hizo desechar las proposiciones de Anibal, y al día siguiente dos legiones aguerridas por multiplicados combates, se disputaban encarnizadamente el imperio del mundo, premio de aquella última batalla.

Escipion colocó en primera línea á los *hastatos*, en la segunda á los príncipes y en la tercera á los triarios; las cohortes estaban separadas de frente por algunos intervalos, para librarse del ímpetu de los elefantes, que en gran número poseían los enemigos. En el ala derecha formaba la caballería nómada, mandada por Masinisa, y en la izquierda se veía á Lelio al frente de los caballos de Italia. Algunos velites fueron colocados entre las cohortes con orden de retirarse á retaguardia de los grupos, si no podían resistir el choque de los elefantes.

El frente del ejército de Anibal lo formaban ochenta elefantes, y la primera línea estaba ocupada por los mercenarios, ligures, galos, baleares y moros. La segunda se componía de africanos y cartagineses y la tercera ó sea la reserva estaba formada por soldados que habían hecho la guerra en Italia. En las alas opuso las caballerías, cartaginesas y nómada, á Lelio y Masinisa.

Estos últimos rompieron la batalla y en seguida avanzaron los elefantes.

Mucho sufrió la infantería romana con la brusca acometida de aquellos animales, pero consiguieron dispersarlos hácia ambos flancos poniendo en desórden á la caballería de Anibal, que fué puesta en huida por Lelio y Masinisa. Los primeros cuerpos de infantería vinieron á las manos entonces y rota la línea de los mercenarios pronto los cartagineses se encontraron ante los romanos que por un momento vieron inseguro su triunfo. Escipion á su vez, con todo el resto de su infantería, atacó la tercera línea de los africanos, trabándose un combate prolongado y sangriento, y la victoria se escapaba ya de las manos de los romanos, cuando Lelio y Masinisa, que volvian de perseguir á la caballería, atacaron por retaguardia á la infantería enemiga, cometiendo en ella un horroroso desastre.

Este fué el término de aquella jornada memorable.

Mil quinientos romanos y veinte mil cartagineses quedaron en el campo.

Anibal, despues de haber apurado todos los medios, y haberse batido en su desgracia como un héroe, se salvó en Acdrumeto con algunos caballos.

Poco despues el vencido, aconsejó al Senado solicitase la paz que fué firmada bajo condiciones nada favorables al engrandecimiento de la república de Dido.

Anibal despues se retiró y nunca se perdonó la mancha que en Zama empañó su gloria militar.

Cuéntase que en Efeso se encontró con su vencedor y preguntado por aquel cuál de los generales colocaba en primer lugar, contestó —Alejandro.—¿Y en segundo?—Pirro.—¿Y en tercero?—Yo mismo.—¿Pues en qué lugar te colocarías si me hubieses vencido? dijo Escipion sonriendo.—Me pondría, replicó Anibal, primero que Alejandro.

Esta respuesta, que encierra una lisonja delicada hácia el general romano es la mejor apología del carácter á la par altivo y humilde de Anibal.

Retirado á Bitinia, vivió sosegado hasta que los romanos, temiéndole aun, á pesar de lo avanzado de sus años, enviaron un mensaje al rey Prusias, quejándosele porque daba asilo al mayor enemigo de la ciudad eterna.

Anibal temió una perfidia del soberano que le habia ofrecido hospitalidad y se tomó un veneno.

Tal fué el fin de aquel grande hombre que con su audacia y su valor supo hacer temer á Roma por su suerte y conmover mas de una vez su poder.

XVII.

Tercero, guerra púnica. Destruccion de Cartago.

La paz formulada en Zama no hizo mas que aplazar la ruina de Cartago.

La soberbia república quedaba humillada por aquel tratado, sin armada, sin máquinas de guerra, amenazada por el acrecentado poder de Masinisa su enemigo implacable, obligada á pagar á Roma crecidas cantidades, y mártir de mil injusticias mas.

Cartago caia precipitadamente, como cae una mole inmensa cuando le falta la base.

El dia de la espiacion de sus pasadas torturas se acercaba, y ya se presagiaban, ya se sentian sus efectos, como se oye el lejano estridor del trueno, preludio del huracan.

El rey de la Numidia arrebatava una provincia tras otra á los cartagineses.

En vano los cartagineses protestaban contra tales desmanes, y apelaban al juicio de los romanos.

Roma consideraba la conservacion de su rival como un quilate mas para su gloria, pero temia el renacimiento del antiguo poder cartaginés.

Caton agravó este temor.



El Senado le había enviado á intervenir en las diferencias habidas entre Masinisa y Cartago.

De vuelta de su comision, manifestó á los Padres Conscriptos que sus enemigos habian recobrado su poderio, y *que Cartago debia ser destruida.*

Entonces fué cuando dejó caer en el Senado las brevas que llevaba en la falda de su toga, y como los senadores admirasen su hermosura y tamaño, les dijo: «La tierra que las produce solo dista tres jornadas de Roma.»

La asamblea aprobó el dictámen de Caton y se resolvió esperar un motivo para ejecutar su plan insensato.

Este no tardó en presentarse.

Los cartagineses al mando de Asdrubal sostenian una guerra sangrienta con Masinisa, amigo de los romanos, que pidieron en satisfaccion de aquel agravio hecho á su aliado, trescientos rehenes de las principales familias de Cartago.

Este cruento sacrificio que coincidió con la anexion de Utica á Roma, sumergió á la ciudad atribulada en la tristeza y la consternacion.

Los cartagineses no podian ya pelear, habian perdido su egército, y no tenian ni aun recursos para sostener un sitio.

Manlio y Censorino fueron enviados á Utica á encargarse del mando de la ciudad, y con la mision secreta de destruir á Cartago.

Los rehenes fueron entregados, pero no bastó esto

para que la pérfida Roma se diese por satisfecha.

Censorino habló de este modo á los embajadores cartagineses en el campo de Utica: «Entregadnos vuestras armas: desde ahora son inútiles, toda vez que deseais sinceramente la paz.»

La resignacion respondió á este último sacrificio.

La sed de los romanos aun no se habia apagado. Necesitaban beber sangre.

Era necesario incendiar la ciudad enemiga y entregar á las llamas á sus moradores. ¡Desgraciado! ¡Mil veces desgraciado el pueblo que llevado de sentimientos tan impuros arroja sobre su dignidad la fea mancha de la perfidia!

Roma, queriendo arrastrar á su enemiga por el lodo, habia resbalado y se habia arrastrado á sí misma.

Una perfidia arranca un giron de nobleza á quien la ejecuta para enaltecer á su víctima.

Pocos dias despues de su exigencia, Censorino era ya dueño del armamento de los cartagineses.

Veinte y un siglos no han bastado para borrar de la historia romana el baldon de que se cubrió en aquel dia fatídico.

Señores ya de un pueblo engañado, sorprendido y desarmado; los cónsules no vacilaron en dar á conocer la voluntad de la República romana, y Censorino terminó su vergonzosa y degradante mision así: «Abandonad á Cartago, y elegid en el territorio que Roma os ha de-

venid á habitar nuestros templos. Puedan Roma y nuestros sacrificios seros mas agradables que la ciudad y los sacrificios de los cartagineses.»

Luego pasaron á la fórmula del abandono: « Dios Pluton, Júpiter maléfico, dioses Manes, sumid en el terror á la ciudad de Cartago, arrastrad á sus habitantes á los infiernos; yo os abandono las cabezas de los enemigos, sus bienes, sus ciudades, sus campos; oid mis votos, y yo os inmolaré tres ovejas negras. Tierra, madre de los hombres, y vos, Júpiter, yo os pongo por testigos.»

Los esfuerzos de Cartago, no fueron perdidos á pesar de todo, y los romanos fueron rechazados gloriosamente dos veces consecutivas y hubiesen sido envueltos y derrotados, sin las prudentes disposiciones de Escipion *el jóven*, que servia como tribuno en el ejército romano y habia heredado el talento de Paulo Emilio su padre y el génio bélico de su protector, el vencedor de Anibal.

Aquel intrépido guerrero, salvó al ejército romano repetidas veces y fué elevado al consulado dos años despues, durante los cuales Calpurnio Pison y E. Mancino habian sufrido diversas derrotas.

Vuelto al Africa, Escipion restableció la disciplina en el ejército invasor, que estaba desordenado y atacó luego la ciudad por su parte baja.

La inexpugnable Cartago envuelta entre las sombras de la noche guardaba el sueño de sus moradores

que estaban muy lejos de esperar un asalto tan repentino é intempestivo.

El cónsul al frente de cuatro mil hombres se dirigió silenciosamente al arrabal de Megara, y dividió su legión para verificar el ataque por dos lados simultáneamente.

No bien los atalayas del muro se apercibieron de la proximidad del peligro, que se alborotó la ciudad, y al verse asediados tan bruscamente y con tanto empeño, los cartagineses se llenaron de espanto, y corrían desalentados buscando un refugio hácia la parte alta de Cartago.

La defensa de los muros fué tenaz, y Escipion se vió obligado á retroceder.

Un pensamiento arriesgado, pero feliz, vino á hacerle dueño de la ciudad.

Se elevaba á insignificante distancia del cerco de Cartago, una torre elevada, solitaria y desierta, que igualaba á aquel en elevacion.

El osado general, establece comunicacion entre ella y la muralla por medio de vigas, y este puente ingenioso le entrega la poblacion que momentos despues le franqueaba sus puertas.

Los cartagineses se habian refugiado en la *Byrsa* y el templo de Esculapio abria tambien sus puertas para guarecer al pueblo que huia despavorido.

El campamento de Asdrubal tambien se dispersó espantado, y Escipion poseedor del istmo que une la

Despues , dirigiéndose á su esposo , le dijo:

«¡Oh , el mas cobarde y el mas infame de los hombres! Tú me verás morir aquí con mis hijos , pero conocerás bien pronto que mi suerte es aun menos lamentable que la tuya. ¡Ilustre gefe de la poderosa Cartago! Tú servirás de ornamento al triunfo de ese á quien besas los pies , y despues del triunfo recibirás el castigo que mereces.»

Dicho esto , degolló á sus dos hijos y se precipitó con ellos en medio del fuego.

Este fué el fin desastroso de aquella soberbia ciudad que conmovió mas de una vez el poder de Roma.

Cuando Escipion contempló en qué pueden convertirse las grandezas mas potentes de la tierra , vertió lágrimas y exclamó con Homero.

«..... vendrá dia
en que asolada la soberbia Troya,
perezca su rey Priamo , y el pueblo
belicoso de Priamo.....»

El célebre cónsul se acordaba de Roma y temia por ella la inestabilidad de las cosas mundanas.

.....
Corria el año 146 antes de J. C.

XVIII.

Cartago romana y cristiana. Invasión de los vándalos. Destrucción de la célebre ciudad por los árabes.

Cartago, parecida á uno de esos árboles viejos cuya estirpación es difícil, retoñó después de su tala.

Cayo Gracco fué quien principió la reedificación de la ciudad arruinada, estableciendo en ella una colonia con el nombre de Junonia.

César, mas tarde, mandando al Africa tres mil colonos mas, dió un enérgico empuje al restablecimiento de aquella población.

Pomponio Mela, contemporáneo de Tiberio y de Calígula, dijo hablando de Cartago: «Esta colonia del pueblo romano, es ya brillante y rica por segunda vez.»

San Próspero asegura que el año 424, Teodosio hizo fortificar la ciudad y la cerró por una espesa muralla y un ancho foso.

En el año 200 el cristianismo era perseguido en Cartago.

Tertuliano escribió entonces su «Apologético» sobre el glorioso martirio sufrido en aquellas arenas bajo el imperio de Septimio Severo y el proconsulado de Saturnino, por los confesores de la Iglesia de Africa, Es-

perato, Veturio, Citino, Narzal, Letancio, Félix, Acilino, y Januaría, Generosa, Donata, Secunda y Vestina, que prefirieron la muerte á la abjuracion de sus creencias.

Es bellísima la relacion de los prolongados sufrimientos que tambien por aquel tiempo concluyeron con la existencia de dos heroínas de nuestra religion: Perpétua y Felicidad.

Otro Santo apóstol de la verdad ilustró tambien la iglesia de Cartago.

A mediados del siglo III, aparece el elocuente San Cipriano, escitando á aceptar sus creencias y combatiendo á los enemigos del cristianismo, pero tambien fué perseguido y entregado á los leones en tiempo del emperador Valeriano.

Sin embargo, la religion cristiana triunfó por fin en todas las provincias de Roma, y en Cartago el águila de la Iglesia, el príncipe del catolicismo San Agustin, obispo de Hipona, surge cual otro sol radiante y anorada con sus doctrinas puras y evangélicas, las disensiones que turbaban la paz, de cuanto mas hermoso y bello ha podido Dios legar á la criatura; la ortodoxia de su fé sacratísima.

Por fin, el politeismo fué vencido y los esfuerzos de Paulo Orosio, Alipio, Posidio, Aurelio y otros no fueron vanos para la propagacion del Evangelio y para la condenacion de los errores pelagianos y donatistas.

El templo de Astarté fué destruido hasta sus ci-

mientos, y en cámbio se edificaron diez y siete basílicas cuyas torres sobresalian magestuosas ostentando el sello de una poblacion regenerada: la Cruz.

Los moradores de la España entretanto ambicionaban la conquista del Africa, y hacian dos tentativas infructuosas.

Un motivo análogo al que nueve siglos antes proporcionara á los cartagineses, la posesion de la Bética, vino á favorecer á los vándalos en sus osadas pretensiones.

El conde Bonifacio, gobernador de Cartago, víctima de una calumnia que le levantó su antecesor Aecio, se vió asediado por la madre de Valentiniano (emperatriz gobernadora), y conociendo que no podía luchar solo contra los romanos, llamó irreflexivamente á los vándalos, ofreciendo á Gunderico, su gefe, dividir con él la rica provincia africana.

Asesinado el general godo por Genserico, su hermano natural, fué reconocido este por caudillo, y libre de los suevos á quienes derrotó en Mérida, se embarcó en Gades, llevando consigo un ejército de cincuenta mil hombres.

Con el apoyo de aquella legion, acrecentada por una infinidad de donatistas, árabes, mauritanos, púnicos y trásfugas, se apoderó en poco tiempo de las tres Mauritancias, Cesárea, Tingitana y Lítifiana, invadiéndolas á sangre y fuego y llevando el terror doquier imprimia su planta.

Probada la traicion de Aecio y reconciliado el imperio con Bonifacio, conoció este la magnitud de su imprudencia al recurrir á los bárbaros y les propuso negociaciones que aquellos rechazaron, ambicionando solo la posesion de todo el territorio y sitiando á Hipona, que se rindió por capitulacion un año despues.

Una escena de desconuelo aconteció en la ciudad durante el sitio.

Aquel doctor supremo y elocuente de la Iglesia, que habia sido la piedra fundamental, la sólida base de la constitucion del cristianismo en aquella region, moria acongojado.

Su salud harto quebrantada recibió un golpe de muerte con la noticia de la invasion de los arrianos, y las profanaciones de aquel pueblo feroz (1).

Despues de la rendicion de Hipona hubo ocho años de treguas entre el imperio y los vándalos, que quedaron dueños de la Mauritania, y obligados á pagar un tributo á Roma.

Cartago habia prosperado de tal modo, que habia recuperado su antiguo esplendor.

Estas circunstancias unidas al deseo de cubrirse con la púrpura de los Amílcres, incitó á Genserico á hacer suya la colonia de Gracco, y violando la fé firmada con Aecio, cayó sobre la ciudad posesionándose de ella y sujetándola al saqueo y pillage mas punibles.

(1) El 28 de Agosto del año 430.

La Junonia, debia vengar á la primitiva Cartago, y al entregarse á Genserico recobraba los instintos y el poderio que en tiempos lejanos la hizo reina del Mediterráneo.

Aquel príncipe funesto, se atraia las victorias con demasiada facilidad para contentarse con la corona que colocó sobre su cabeza, y necesitaba mas, necesitaba someter á su yugo odioso, al mas poderoso de los imperios.

Asi es que en 441 le vemos salir de Manobrancio (1) con una flota numerosa; inundar á Italia y amenazar á la misma Roma.

Máximo vengaba la deshonra de su esposa hundiendo su puñal homicida en el pecho de Valentiniano y haciendo suya por fuerza á la emperatriz viuda.

La desgraciada Eudoxia, ansiando sustraerse de la tiranía del asesino de su esposo, llamó á Genserico, y Petronio Máximo fue despedazado, y Roma saqueada, durante catorce dias por las tropas cartaginesas.

El presentimiento de Escipion Emiliano se habia cumplido y Roma habia pagado sus antiguas crueldades viéndose saqueada, destruida y entregada á las llamas.

Genserico conquistó aun las Baleares, la Córcega, la Cerdeña y la Sicilia, y falleció en 477 despues de un reinado de tan desgraciada memoria.

Huneric, Guntamundo y Trasamundo, le sucedie-

(1) El antiguo Cothon.

ron en el trono de Cartago, sin que nos diga la historia nada de notable correspondiente á sus tiempos.

Hilderico, nieto de Genserico, heredó el reino Cartaginés, y hubiera continuado la época de paz que desde la muerte de su abuelo se disfrutaba, á no haber perdido por falta de energía, el Byzucio, que le arrebataron los moros.

Un general vándalo; Gelimero, usurpó la corona á Hilderico, en cuya defensa envió Justiniano al Africa al célebre Belisario, que se habia coronado de gloria en la guerra de Persia.

El caracter pacificador de Belisario le hizo dueño de Cartago, entrando triunfalmente en la ciudad el 15 de Setiembre del año 533, y sentándose en el trono en representacion de Justiniano.

Empero Gelimero hostilizó á Belisario y los dos guerreros se encontraron en Tricamara, en donde el general bizantino alcanzó á poca costa una completa victoria; partiendo despues á Constantinopla á pagar con un rey cautivo y las incalculables riquezas recogidas en Africa, el delito de traicion con que sus envidiosos rivales le calumniaban.

En cuanto á Cartago no cesaron las turbulencias entre los moros y los soldados del Imperio.

En 647 los árabes que habian establecido el islamismo invadieron el Africa, y el año 694 Cartago fué asaltada por Hassan-ben-el Noman, y destruida hasta sus cimientos.

Así pereció aquella famosa ciudad, que se levantó de su tumba para vengar su primera destrucción.

Este fué el fin de la patria de los Aníbal, Asdrúbal, Himilcones y Amílcares.

Si hoy, en el siglo del vapor, del progreso, de las luces, ó de la mentira, se pensase en qué se convirtieron los dos poderes mayores del mundo, las dos ciudades mas populosas del globo; si se atendiese á la volubilidad de la suerte, al momentáneo esplendor de las potencias mas altivas, ¡ah! entonces no perderíamos el tiempo en vanas quimeras, y obedeciendo á la voz de la Providencia que tan sublimemente nos habla en estos magníficos ejemplos, despreciaríamos las mentidas ilusiones que inútilmente nos esforzamos en ver realizadas.

XIX.

Topografía de Cartago.

Hemos hablado de la celebridad de Cartago, acerca de su poder y del gran papel que representó en el mundo antiguo. Preciso es que visitemos la ciudad en su esplendor para contemplarla despues en su ruina.

La famosa ciudad, segun Samuel-Bachard, fué llamada por los fenicios Cartha-Hadat ó Cartha-Hadatha, esto es, ciudad nueva. Los griegos, mas tarde convirtieron esta voz en Karchedon, y los romanos en Cartago.

¿Qué se sabe de Cartago relativo á su topografía?

Oigamos á Strabon y Apiano.

«Estaba situada en el fondo de un golfo, cercada de mar, y unida al continente por un istmo de veinte y cinco estadios de latitud. La península tenia trescientos sesenta de circuito: de la parte occidental salia de ella una larga lengua de tierra de cerca de medio estadio de ancha, que entrándose en el mar, la separaba de las marjales, y cerrábanla por todos lados las rocas y una muralla sencilla.

Por la parte del Mediodía y del continente, en donde estaba la ciudadela llamada Byrsa, cerraba la ciu-

dad una triple muralla de treinta codos de alta, sin los parapetos y las torres que flanqueaban todo el circuito á distancias iguales de ochenta toesas.

Cada torre tenia cuatro pisos, las murallas solo dos; estaban abovedadas y en la parte inferior tenian establos para colocar trescientos elefantes, con todo lo necesario para su mantenimiento; y en la superior caballerizas capaces de cuatro mil caballos.

En fin todo este aparato de guerra, se contenia en los muros.

Solo habia un punto en la ciudad por donde aquellos eran débiles y bajos: era un ángulo descuidado que empezaba en la lengua de tierra de que ya hemos hablado, y continuaba hasta el puerto, que se hallaba situado en la parte de Poniente.

Habia dos puertos que se comunicaban entre sí, pero que solo tenian una entrada de sesenta pies de ancho cerrada con cadenas.

El primero de estos puertos era para los buques mercantes, y hallábanse en él muchas y diversas habitaciones para los marineros.

El otro era el puerto interior, para los buques de guerra, en medio del cual se veia una isleta, llamada Cothon, rodeada, lo mismo que el puerto, de grandes muelles, en donde habia piezas separadas para poner á cubierto doscientas veinte naves, y almacenes donde se conservaba todo lo necesario para su armamento y equipo.

La entrada de estas dársenas, destinadas á contener los buques, estaba adornada de dos columnas de mármol de orden jónico; de suerte que tanto el puerto como la isla presentaban por ambos lados dos magníficas galerías.

En esta isla estaba el palacio del almirante; y como se hallaba enfrente de la entrada del puerto, se descubría desde allí todo lo que pasaba en el mar, sin que, desde el mar pudiera verse nada de lo que se hacía en el puerto.

Tampoco podían ver los mercaderes lo que se hacía en los buques de guerra, porque los dos puertos estaban separados por una doble muralla, teniendo cada uno su puerta particular para entrar en la ciudad sin pasar por el otro.

Pueden pues distinguirse en Cartago tres partes diferentes; el puerto que era doble, llamado algunas veces Cothon, por la isleta de este nombre; la ciudadela llamada Byrsa y la ciudad propiamente dicha donde residían los vecinos: rodeábala la ciudadela y se llamaba Megara.»

Hasta aquí los historiadores antiguos.

Nos consta además que la ciudad era rica en suntuosos edificios.

El *foso* ó plaza donde se celebraban las asambleas populares, era rectangular en su forma y en él se elevaba el magnífico templo de Apolo que según el sábio crítico Mr. Dureau de la Malle, se sustrajo á la ruina

y fué consagrado mas adelante al culto cristiano, bajo el nombre de *Basilica perpétua restituta*.

La ciudadela edificada con el nombre de *Byrsa* por la princesa Dido, estaba situada al norte del foso y sobre la colina que hemos dicho ocupa hoy la capilla de San Luis.

Aquella fortaleza segun Paulo Orosio tenia de circunferencia dos millas romanas.

En el recinto de la *Byrsa* se encontraba el templo de Esculapio (el mas rico de la ciudad) y los de Astarté y Saturno en los cuales se sacrificaban víctimas humanas.

Un vasto *hieron* embaldosado y adornado con mosaico y columnas de un trabajo esquisito, daba entrada al primero de estos dos últimos.

El de *Baal-Moloch* contenia los archivos de la república.

El dios *Baal-Moloch* ó Saturno, dice San Agustín, inspiraba á los cartagineses un terror religioso tan profundo que no se atrevian á pronunciar su nombre: le designaban con el epíteto de *anciano*.

La estátua de aquel dios era de cobre; tenia los brazos pendientes y las manos inclinadas á fin de que los niños que fuesen colocados en ellas cayesen súbitamente al fuego.

Habia tambien en Cartago, entre otros, los templos de Melcarth-Heracles de Ceres y Proserpina.

Las cisternas públicas eran unos depósitos subter-

ráncos, cuyos restos aun se conservan como veremos despues.

Entre las puertas de entrada á la ciudad son conocidas cinco: la de *Megara* por la cual entró Escipion Emiliano la noche que se apoderó de aquel arrabal; la puerta de *Utica*; la de *Thevesta* y la de *Thapso*.

Hé aquí la describeion que de uno de los circos de Cartago hace el geógrafo árabe Edrisi que vivió en el siglo XIII.

«Este edificio es de forma circular y se compone de unas cincuenta arcadas subsistentes. Cada una de ellas abraza un espacio de veinte y tres pies, lo que asciende á mil ciento cincuenta pies de circunferencia total.

Sobre estas arcadas se elevan otros cinco órdenes de arcos de la misma forma é igual dimension; en lo mas alto de cada arcada se ven diversas figuras y representaciones curiosas de hombres, de animales y de embarcaciones esculpidas con infinito arte.

En general puede decirse que los otros y mas bellos edificios de igual género, nada son si se comparan con este.»

Habia en la ciudad primitiva termas reservadas á los senadores, y los romanos establecieron en la nueva Cartago varios establecimientos de baños entre los cuales merecen citarse los de *Maximiano*, los de *Teodora* y los de *Gargilio*, célebres estos últimos por haberse celebrado en ellos, bajo la presidencia de San Agustín,

el sínodo que condenó el cisma de los donatistas.

Los imperiales desplegaban un lujo excesivo en los establecimientos balnearios.

Su estension era considerable y en ella se encontraban calles, plazas, jardines, pórticos, paseos, juegos de todas clases, bibliotecas, en fin, cuanto puede reunirse de agradable é higiénico.

La parte del edificio correspondiente á los baños se componia de ocho departamentos, á saber.

1.º El *Apodyterium* ó sea la sala que servia para desnudarse y vestirse.

2.º *Frigidarium*, local destinado á las aspersiones y abluciones frias.

3.º *Vasarium*, sala que contenia varios vasos de metal llenos de agua á diversos grados de temperatura.

4.º El *Acuarium*, departamento en donde estaba el depósito del agua.

5.º *Caldarium vel laconicum*, cuarto abovedado y estufa seca.

6.º *Tepidarium vel vaporarium*, estufas húmedas ó de vapor.

7.º *Hypocaustum*, horno situado debajo del pavimento de las dos piezas anteriores.

8.º *Elxophesium*, gabinete en el que se unjian con aceites aromáticos.

Numerosos esclavos estaban destinados al servicio de los baños.

Entre ellos citaremos los *Jatraliptes*, que se ocu-

paban en enjugar con pieles de cisne á los bañistas.

Los *fricatores*, cuya mision era friccionar el cuerpo de sus señores á favor de una raedera.

Los *troctatores*, que tiraban y hacian crujir las articulaciones.

Los *alipilarii*, que tenian la particular habilidad de arrancar el bello sin dolor.

Los *drocpacistes*, limpiadores de callos y durezas.

Los *unctores*, á cuyo cargo estaban las uncciones.

Los *paratiltres*, cuyo cometido era asear las diversas aberturas del cuerpo.

Los *picatrices*, eran los peinadores y barberos.

En fin, una porcion mas que fuera prolijo enumerar.

El palacio proconsular estaba situado en la *Byrsa* junto al templo de Esculapio.

Hablando del *Zaghouan*, hemos citado ya otra magnífica obra de arte, el acueducto de Adriano, del cual se conservan aun algunos restos.

Para concluir, la rival de Roma ostentaba una magnificencia inaudita en todos sus edificios.

Era digna del puesto que durante diez y seis siglos ocupó en las artes y las ciencias.

XX.

Ruinas de Cartago.

La libertad con que he dejado correr mi pluma sobre el pacientísimo papel ha trasportado á mis lectores de una edad á otra, abusando tal vez de su benévola atención.

Pero, como dijo el otro, *á todos les llega su San Martín*; y el San Martín en este caso es el fin de la historia de Cartago, que ya dejo indicado en el capítulo anterior.

Hora es ya, pues, de coger otra vez el hilo de mis impresiones para seguirle hasta su conclusion.

Partiendo de la Goleta por la puerta que dá salida al camino de Túnez y tomando el que sigue la costa occidental de la bahía, se llega á la colina que tantas veces hemos nombrado y en cuya cima visitamos la efigie de San Luis.

Desde aquel lugar se distingue por todos lados una gran estension de escombros, alterada de vez en cuando por algun trozo de pared negruzca y desmoronada.

Es imposible visitar la tumba del poder cartaginés, sin sentirse conmovido ante tan triste nulidad.

Nada puede compararse con el aspecto desolador que presentan las ruinas de Cartago.

Las revoluciones naturales del tiempo, concertadas con el vandalismo del hombre, han completado la destrucción de aquella maravillosa metrópoli.

¡Altivas potencias de hoy! que todo quereis someterlo á vuestro dominio, poseidas de un orgullo repugnante, fundado en vuestra superioridad tal vez engañosa!

Allí; allí junto á las ruinas de Cartago encontrareis un magnífico ejemplo que tomar para refrenar vuestra soberbia é instintos ambiciosos: ¿qué queda de la ciudad que fué la mas poderosa del mundo?

¡Nada! un monton de escombros próximos á desaparecer y un nombre que acaso perezca tambien entre las sombras del olvido.

¡Oh admirable poder de los tiempos!

En tus mayores catástrofes es cuando Dios se presenta mas grande.

Embebido en estas reflexiones adelantaba con mi querido amigo Sr. Sanchiz, y contemplábamos un resto de pared antigua que tal vez sostuviera á la muger de Asdrubal en el momento de su heróico sacrificio.

A pocos pasos de aquel monumento y en el fondo de una profunda escavacion, habia dos pedazos correspondientes á una columna del jaspe mas riquísimo, que sin duda perteneció tambien al templo de Esculapio.

Caminábamos cien pasos mas hácia el E. de la

Byrsa y penetramos en las cisternas por una estrecha hendidura abierta entre malezas en la parte superior de uno de aquellos magníficos recipientes.

Descendimos unos seis metros sobre guijarros y piedras y encontramos un nuevo motivo de admiración.

Quince galerías abovedadas, de ciento cuarenta pies de longitud y cincuenta de latitud sobre treinta de altura se estienden de Este á Oeste.

Aquellos grandes algibes están circuidos por otro corredor de iguales dimensiones y comunican entre sí por arcos abiertos en sus paredes de cinco pies de espesor.

En estas cisternas, llamadas *de los diablos* se conserva todavía, desde época ignorada, una cantidad de agua encharcada y sucia.

El material de que están construidas, el orden arquitectónico á que pertenecen y la costumbre inveterada entre los semíticos de no emplear para las necesidades de la vida otra agua que la llovediza, hace creer con razón que la construcción de aquellos vastos depósitos fué debida á los púnicos.

Nosotros que las recorrimos todas, no podemos menos de admirar aquellas espaciosas bóvedas que aun el tiempo parece respetar.

Dejamos aquellos lugares para visitar otro subterráneo que se nos dijo pertenecía á unas termas.

Efectivamente, era una pieza de una superficie de doce metros cuadrados que recibía la luz por cinco

agujeros simétricamente abiertos en su arqueado techo.

Es indudable que aquellas ruinas correspondían á unos baños: lo que no acierto á explicar es de qué establecimiento formaron parte, pues que las termas Gargilianas designadas por todos los autores, se hallaban situadas algo distantes de allí, en el mismo lugar en donde hoy se conservan algunos restos que son conocidos por los árabes con el nombre de Dar-el-Senia.

Cercanas al pueblecito llamado *la Maalga*, subsisten las ruinas de otras cisternas mayores á las de la Byrsa, pero de igual construcción y arquitectura.

Estas son seguramente las que recibían el agua, que procedente del manantial del *Zaghouan* conducía á Cartago el acueducto de Adriano.

Los puertos de *Cartha-Hadatha* están indicados por algunos arrecifes que se ven en la costa baja del *Bourge-Jedid* (fuerte nuevo.)

Consérvanse también fragmentos de una basílica situada cerca del mar.

Véase, en fin, una multitud de escombros compuestos de ladrillos mosaicos y pedazos de mármol diseminados, esparcidos por el suelo en la estensa llanura que se tiende desde el promontorio del cabo Cartago ó *Ras-Sidi-Bou-Saïd* hasta el lago.

En resumen, las ruinas de Cartago son más considerables que generalmente se cree.

La presencia de aquel desierto solitario, de aquel campo insigne derruido y devastado, donde tantas veces

se ha peleado, donde tanta sangre se ha derramado, sume en la meditacion mas profunda.

¿Qué resta, volvemos á repetir, de aquella ciudad tan poderosa?

Nada: ¡un lúgubre esqueleto! ¡Un recuerdo oscuro y vano!

A los gritos de alegría y de pena, de rábía ó de victoria que resonaban en aquellos ámbitos ha sucedido un silencio inerme y sepulcral.

Una soledad de muerte ha sustituido á la turba de gentes que circulaba por aquellas calles, al bullicioso concurso de la plaza pública.

Las riquezas se sepultaron con su esplendor y solo prevalece la pobreza, por que la pobreza está mas cerca de Dios.

¡Ah como ha desaparecido la gloria!

¡Cómo se ha concluido la vanidad!

¡Cómo se ha anonadado tanto trabajo!

Asi se derrumban las mas grandes obras de los hombres.

Asi se aniquila, se desvanece en un momento el poder de las mas opulentas naciones.

¡Dios de bondad!

En aquel abandono, en aquella soledad, he medido toda la fragilidad de las cosas mundanas y he admirado tu sola omnipotencia.

Tú lo has dicho:

Todo en la tierra es polvo.

Solo la muerte no es una ilusion.

Dichoso el que no olvidando tan grandes verdades,
pueda alcanzar otro mundo mas permanente.

Tu gloria eterna.

EPÍLOGO.

Durante nuestra permanencia en el territorio tunecino se nos trató muy consideradamente.

Todos los días recibíamos evidentes pruebas de simpatías por parte de todos los ilustres personajes que componen la corte de S. A.

S. E. el primer ministro Mustafá-Khaznadar ha colmado de distinciones á los Sres. Sanchiz y Azancot, en las numerosas visitas que á instancia suya le hicieron.

Pocos dias antes de partir, S. A. regaló á la tripulacion del *Liniers* un abundante fresco consistente en

Seis pellejos aceite.

Diez cántaros manteca.

Doscientas cuarenta gallinas.

Sesenta pichones.

Doce canastos fruta.

Quinientos limones.

Tres mil huevos.

Tres quintales azúcar.

Doscientas libras café.

Mil panes.

Cinco vacas.

Veinte y cinco carneros.

Para los veinte soldados de artillería que ejecutaron el ejercicio de fuego, mandó cuatro mil francos que les fueron distribuidos.

Concluido el desempeño de la comision, se verificó la visita de despedida el 10 de Julio á las once de la mañana.

Llegados á palacio penetramos en la antecámara que estaba ocupada por un batallon de artillería formado en alas.

El general del arma con otros gefes y oficiales ocupaban el centro.

S. A. nos recibió con la bondadosa familiaridad de costumbre.

Dijo: Que hubiese querido tenernos en su córte por mas tiempo.

El dignísimo gefe de la comision Sr. Sanchiz, dió los gracias á S. A. por las mercedes que nos dispensó durante nuestra estancia en la regencia; las que aceptábamos con placer, pues eran dirigidas á S. M. C.

S. A. repuso, que, deseando llevásemos un re-

cuerdo toda la vida del afecto que le habíamos merecido, nos concedía la condecoracion del *Nicham-If-tijar*, llevando la galantería hasta el extremo de colocar él mismo la placa y banda de gran cruz á D. Cárlos Navarro, la placa de gran oficial á D. Ramon Sanchiz, la encomienda al Sr. Comandante del *Liniers* y la venera de oficial á todos los individuos que componen la comision (y oficialidad del vapor) que tuvieron el honor de tratar á tan augusto Soberano.

El Sr. Navarro dió las gracias por el favor que acababa de dispensarle S. A., y el Sr. Sanchiz repitió profundamente conmovido, en nombre de la comision toda, nuestro reconocimiento por la honra señalada é inmerecida que nos prodigó la munificencia de un príncipe tan magnánimo.

El apreciable Sr. Azancot, habia sido condecorado ya en otra ocasion y S. A. atestiguó el aprecio con que le distingue haciéndole regalos de un gusto y valor extraordinarios.

Tambien regaló S. A. al Sr. Sanchiz y al teniente de Artillería Sr. Heredia dos magníficas cajas de oro y brillantes para tabaco.

Tres dias permanecimos aun en la Tunecia, despues del de la recepcion, durante los cuales se estendieron los diplomas ó *amr-esserahs* de nuestras condecoraciones.

Por nuestra parte invertimos este tiempo en despedirnos de nuestros buenos amigos de Túnez, á cuya

amabilidad debimos pasar agradablemente veinte y seis dias en aquella ciudad estraña.

Siempre conservaremos en el alma un grato recuerdo de la antigua Kadra.

Mi gratitud es grande hácia los Sres. Navarro y Tulin por el interés que se tomaron en proporcionarme cuantos datos necesité y á cuya ilustracion y talento preclaro debo mucho.

Yo envio tambien desde estos humildes renglones mi afectuoso reconocimiento á las apreciabilísimas familias de los señores arriba citados, y á los no menos apreciables amigos Sres. Sicsú, Montes, Mascaró, Darmont y todas las demás personas agregadas al consulado de España y españoles residentes en Túnez, que nos distinguieron con su franca amistad.

El 13 de Julio, á las doce y media de la noche, nos embarcábamos en el canal de la Goleta, dejando en el embarcadero una porcion de personas cuyos nombres siempre recordaremos con gusto.

Los botes del *Liniers* arrancaron á fuerza de remos.

Los balcones del Serrallo estaban abiertos de par en par y se percibia el eco de una música árabe.

La noche estaba deliciosa.

El agua batida por los remeros brillaba fosforescente.

El fuerte de la Goleta huia por bavor quedando envuelto entre las sombras de la noche.

El buque saludó á nuestra llegada soltando una bocanada de blanco vapor.

Un momento despues abandonábamos la bahía y dábamos nuestro adios á un pais donde tan cordial y sincera hospitalidad habiamos encontrado.

El 16 á las dos de la tarde estábamos á la vista de Valencia.

¡Cómo se dilataba mi pecho mirando aquel punto blanco que un mes antes viera sepultarse entre la bruma.

Iba á abrazar á los pedazos mas queridos de mi corazon.

Una ausencia es hermosa cuando toca á su término.

Casi se puede aceptar un mes de este martirio por el gozo que dá la primera hora de dicha que le sigue.

A las tres y media fondeamos, habiendo tenido una travesía felicísima, si se esceptúa una pequeña avería que sufrió el vapor en la rueda de estribor, la que nos obligó á navegar á media máquina desde las aguas de Mallorca.

Encontré buenos á toda mi familia y amigos y me separé de mis queridos compañeros que partieron dos dias despues y á quienes despedí en la estacion del ferro-carril de Valencia.

En cuanto al *Liniers* quedó en reparacion tres dias y salió para Cartagena, viéndome asi privado del fino trato de su comandante y oficiales á quienes aprecio de veras.

Vuelto á la tranquilidad de mi hogar escribí las

pobres páginas que anteceden. Perdona, lector querido, si su incoherencia ha molestado tu atención y no las des más valor que el que en sí tienen, por la veracidad de los hechos que en ellas he pretendido relatar.



ÍNDICE.

		Pág.
	Al lector.	3
I.	España primitiva.—Fundacion y sitio de Sagunto.	5
II.	Reedificacion de Sagunto.—Ruinas del teatro y el circo.	10
III.	Un capítulo que no tiene nada que ver con este opúsculo.	14
IV.	En donde comienzan mis impresiones.	22
V.	Tres dias en el Mediterráneo.	26
VI.	El recalco.—La costa de Africa.—El fondeadero.	33
VII.	La Goleta.—El Bahira.—Túnez.	39
VIII.	Los cañones.—El arsenal.—La Byrsa.—San Luis.	47
IX.	Presentacion.—S. A. el Bey Sidi-Mohamed-Essadac.—La estrella del Norte.	52
X.	El cuartel de artillería.—El Bardo.—Comida en casa el Sr. Navarro.	58
XI.	Té en casa Benani.—Soirée árabe.	63
XII.	Los consulados estrangeros en la Tunecia.	68
XIII.	La Regencia tunecina.—Noticias generales.	73
XIV.	Monumentos en la Tunecia.	80
XV.	Cartago y Roma.—Régulo.	85
XVI.	Segunda guerra púnica.—Anibal.—Escipion.	94
XVII.	Tercero, guerra púnica.—Destruccion de Cartago.	101
XVIII.	Cartago romana y cristiana.—Invasion de los vándalos.—Destruccion de Cartago por los árabes.	111
XIX.	Topografía de Cartago.	118
XX.	Ruinas de Cartago.	125
	Epílogo.	131





BIBLIOTECA NACIONAL



1000540093

086805385608

